

Capítulo 6

Los obispos y la paz de Colombia: algunas proposiciones

—

Luis Ernesto Flórez Suárez

Carlos José Beltrán Acero

Diego Fernando Ospina Arias

Luis Hernán Peña Infante

—

Introducción

El propósito de este capítulo conclusivo es ofrecer algunas pistas que orienten y animen la participación del episcopado colombiano a ser promotores de procesos de paz y propender a que todo el territorio nacional se impregne de la cultura de paz construida y defendida con la participación de las diversas comunidades y culturas que hacen parte del territorio nacional para que vivan una vida con total dignidad. La paz como valor fundamental ha de permear y visibilizarse en las diversas culturas que pueblan el país, de igual manera, todas las instituciones tanto privadas como oficiales, pero en especial para que jóvenes y niños la reciban como el legado principal y reconozcan que la violencia por su manifestación brutal y antihumana que ha acompañado a muchas generaciones de colombianos debe ser rechazada y no tolerada.

Desde la perspectiva de la metáfora del reloj que marca el tiempo y nunca se detiene, reconocemos que las propuestas y reflexiones ofrecidas están acompañadas de la temporalidad y finitud, puesto que la realidad social es siempre dinámica y cambiante, pero es en ella en la que irrumpe el espíritu del Dios revelado por Jesús que sopla aquí y allá, y que ha impulsado de forma continua y diversa a muchos, en especial a obispos para que la Iglesia mantenga la fidelidad al Evangelio en el espíritu de la paz. Mencionamos solo a manera de ilustración el compromiso de algunos de ellos: los papas Juan XXIII y Pablo VI, y los obispos colombianos Gerardo Valencia Cano, Jorge Leonardo Gómez Serna, Jorge Iván Castaño, Darío de Jesús Monsalve, entre otros. Este mismo espíritu

acompaña y anima la vida del papa Francisco que continuamente con gestos, actitudes y palabras va revelando el contenido de los cambios que requiere la Iglesia para que sea templo y testigo del Evangelio de la paz, pero esta ardua tarea no la hace solo sino en corresponsabilidad con el colegio episcopal y el Pueblo Dios, para que las reformas que se realicen den sus frutos con el esfuerzo de la toda la comunidad eclesial para el bien de la sociedad y del planeta.

El episcopado es una institución que dentro de la estructura jerárquica de la Iglesia católica toma las decisiones, define las posiciones oficiales del clero y fija las orientaciones que deben seguir los fieles. “Esto no quiere decir que los otros sectores del catolicismo sean simples subordinados. Como en cualquier otro campo, el catolicismo es un mundo complejo, heterogéneo y dinámico, atravesado por discrepancias y luchas internas” (Arias, 2009, p. 48). La Iglesia católica es un actor religioso comprometida con “la difusión y conservación de una doctrina de fe que supone una visión del mundo, del ser humano y del ordenamiento de una sociedad” (Cristancho, 2011, p. 99).

Antes de entrar en el desarrollo de las proposiciones que han de orientar y animar el compromiso del episcopado con el Evangelio de la paz, es necesario referir algunas conclusiones trabajadas en los capítulos anteriores que dan cuenta de la concordancia de los obispos con el Evangelio de la paz como marco histórico y social para esbozar esas propuestas (Reino de Dios).

Una de las grandes conclusiones de la investigación fue identificar que las causas del conflicto del país están ligadas a manifestaciones de orden social, económico, religioso y cultural, es decir, es de orden multicausal acompañado de un proceso mutacional, que, a pesar de los intentos de pacificación, el conflicto no ha desaparecido, sino que se ha ido transformando.

Situaciones como el enfrentamiento bipartidista propio de las décadas de los cuarenta y los cincuenta, la desigualdad social, la pobreza que afecta a la gran mayoría de la población, el abandono estatal y el accionar violento de los grupos armados en la década de los sesenta vieron en la revolución armada una vía para su solución. De igual manera, en las décadas de los setenta y los ochenta, surgieron en el escenario nacional otras variables que han incidido y acrecentado dramáticamente el conflicto nacional, como el narcotráfico y la acción paramilitar promovida y apoyada por el Estado en muchas ocasiones.

Sin embargo, la causa del conflicto armado que ha vivido el país durante mucho tiempo tiene su origen principalmente en la tenencia y explotación de la tierra que obedece a uno de los grandes problemas estructurales que padece el Estado colombiano y que no ha sido resuelto. Este problema manifiesta que Colombia es uno de los países más inequitativos del mundo, como lo expresan muchas organizaciones, entre ellas el Banco Mundial (BM).

La causa del problema de la tierra se debe a la permanencia en el país de un modelo de desarrollo contra el campesinado que se ha sido impuesto y favorecido por las élites nacionales durante muchas décadas. Este modelo ha

privilegiado las inversiones de grandes capitales en industrias como la agricultura y que, en las dos últimas décadas, los gobiernos han proyectado bajo el signo de la agroindustria. [...] La guerrilla se desmovilizó y entregó las armas, pero el gobierno no cedió en la modificación del modelo de desarrollo que tiene como uno de sus pilares la agroindustria, ni en adelantar una reforma agraria. Solo admitió la formalización y aclaración de los títulos existentes. (Villamizar, 2020, p. 234) "ISSN": "22565647", "abstract": "The peace agreement between the Colombian Government and the Revolutionary Armed Forces of Colombia (farc

En Colombia, cerca del 70 % de la tierra está en manos de un 0,8 % (Villamizar, 2020). Para reducir las altas tasas de inequidad y pobreza que vive el país, urge hoy más que nunca una reforma agraria; de lo contrario, la paz será inviable y seguirá secuestrada en lo más oscuro de la caverna. No cabe duda de que la cuestión de la tierra es la principal causa del conflicto que ha vivido el país, puesto que los campesinos que constituyen la gran fuerza de la producción del campo por causa de estos modelos de desarrollo han quedado liberados para la guerra porque la tierra les fue arrebatada.

El acuerdo de paz entre el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) dejó de nuevo aplazada, por tercera vez en ochenta años (1936, 1960-1968, 2016), la reforma agraria. En el acuerdo de 2016, las partes pactaron un lacónico proceso de formalización de la propiedad privada mediante la asignación de títulos para quienes ya tienen posesión sobre la tierra. También se aceptó restituir y reparar a quienes la perdieron en la guerra de veinticinco años y se volvió a dejar para después la redistribución de la propiedad. Este asunto es de especial importancia, pues el coeficiente de Gini de tierras en Colombia llega al 0,8 %, uno de los más desiguales del mundo (Villamizar, 2020, p. 232)“ISSN”:"22565647",“abstract”:"The peace agreement between the Colombian Government and the Revolutionary Armed Forces of Colombia (farc).

En resumen, el problema de la tierra continua sin resolverse y seguirá siendo el detonante de los principales y diversos conflictos que tienen lugar en el país, y la principal razón que explica lo anterior radica en que a la clase política y oligarca no le ha convenido resolverlo porque de él deriva la obtención y perpetuación en el poder. Human Righth Watch (HRW) asevera que la violencia asociada con el conflicto nacional ha provocado el desplazamiento forzado de

más de 8,1 millones de colombianos desde 1985. “Entre los serios problemas de derechos humanos que persisten en Colombia se incluyen la impunidad por abusos del pasado, obstáculos a la restitución de tierras para las personas desplazadas, limitaciones a los derechos reproductivos y condiciones de pobreza extrema y aislamiento que sufren las comunidades indígenas” (Radio Nacional de Colombia, 2020, párrs. 3-4). De igual modo, en este trasegar por la historia colombiana, no podemos dejar de mencionar que han existido algunas opciones políticas que le han apostado a la consolidación de un país más equitativo, incluyente y democrata, entre ellas, opciones como las de Rafael Uribe Uribe, Alfonso López Pumarejo, Jorge Eliécer Gaitán, Luis Carlos Galán Sarmiento, Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa, Carlos Pizarro Leongómez, que han procurado “experimentar formas de construcción de nación bajo premisas de inclusión y bienestar social, desde la época de los comuneros, pasando por la independencia y los procesos de participación social moderna” (Martínez, 2013, p. 338). Sin embargo, muchas de estas reivindicaciones no han podido florecer porque sus líderes han sido asesinados y con el agravante de que la autoría de esos crímenes sigue estando en el limbo, lo cual sucede porque en Colombia se ha consolidado una clase política tradicional que ha impedido la transformación social y estructural que requiere Colombia.

En síntesis, la clase política y oligárquica del país ha pretendido desconocer las dimensiones ideológicas y sociales del conflicto a lo largo de la historia nacional, y ahora último bajo el pretexto de la simbología del terrorismo que se puso en boga en el ámbito internacional a causa de los atentados de Nueva York del 11-S en los que se tipificó a los grupos insurgentes de terroristas y calificó sus acciones como el resultado de intereses meramente económicos de grupos criminales y narcoterroristas que han perdieron toda motivación

ideológica y política con la que nacieron. Sin embargo, los obispos consideran que el narcotráfico y la violencia obedecen a un problema agrario que el Estado no ha sido capaz de resolver (González, 2020).

En este orden de ideas, las propuestas que han de guiar y orientar el accionar de los obispos en los procesos de paz están pensadas desde y para la realidad colombiana salpicada de luces, sombras, crisis y heridas. Es en estas circunstancias de tiempo, modo y lugar en las que nos encontramos en que tiene lugar ese gran desafío que reta a los obispos a descubrir y asumir el llamado y la acción de Dios en procura de la paz. Esa realidad, como bien la describe el papa Francisco, “no está exenta de pecados, de historias oscuras o tristes [...] No le tengamos miedo a esa tierra compleja” (Giraldo, 2017, p. 9).

Al recoger una síntesis del papel ejercido por los jefes colombianos en cada uno de los escenarios referidos (insurrección comunera, guerra de los Mil Días, guerra de guerrillas y paramilitarismo), se puede afirmar que el actuar de la Iglesia como institución eclesial no ha sido monolítico. Al contrario, su proceder en la historia conflictiva del país denota una presencia heterogénea en la que se han vislumbrado diversas propuestas, roles y actuaciones; la más evidente es la defensa y conservación del statu quo en connivencia con la oligarquía y la clase política conservadora del país, lo que le permitió mantener su hegemonía y prestigio en la sociedad colombiana.

Al remontarnos a la época de las gestas independentistas, precisamente en el escenario de la emancipación comunera, la división eclesial fue evidente en dos bandos, entre los que apoyaban la causa realista y la causa patriótica. Según Carriquiry (2011), citado por Pacheco (2016), la mayoría de los obispos escogidos por la monarquía se mantuvieron en la causa realista, mientras que

algunos otros obispos, sacerdotes y religiosas acompañaron y animaron a las tropas revolucionarias. En la Conquista, la relación entre religión y política era determinada por la Corona española; la religión católica tanto en Colombia como en muchas colonias del continente americano era la oficial y la que fijaba las formas de gobierno.

En el escenario de la guerra de los Mil Días, los jerarcas se identificaron plenamente casi que de forma unísona con la política de romanización del catolicismo. Como estrategia, los jerarcas consolidaron alianzas con el Partido Conservador y convirtieron a la institución eclesial en un agente de discriminación y sectarismo al promover entre la feligresía la división entre liberales y conservadores. En esta época, los jerarcas asumieron una actitud de intransigencia, que influyó notoriamente en muchas regiones del país para que se propagara la intolerancia y la violencia.

El establecimiento de concordatos entre los Estados y la Iglesia pretendía conservar el orden y regir bajo los principios del cristianismo católico, lo cual se vio consolidado en las constituyentes de los países y el monopolio de la educación, la cual era impartida exclusivamente por la Iglesia católica: “la religión seguía teniendo gran influencia en la política del virreinato, porque era ella la que formaba a la burocracia del gobierno” (Saavedra, 2013, p. 96). En el caso colombiano, es el Partido Conservador el que impulsa la enseñanza para cristianizar a la población, y en su necesidad de impulsar el desarrollo, el progreso y la modernidad del país, basan esta educación en la ciencia y la técnica, pero impartida por religiosos (Andrade, 2011).

Durante el siglo XX, para analizar la actuación del episcopado, nos limitaremos al establecimiento de cuatro etapas que mencionamos a

continuación de forma breve, solo con el propósito de apuntalar algunos elementos que ofrezcan pistas para responder al objetivo planteado al inicio. Para ello, nos apoyaremos en Arias (2009).

En la primera etapa (1886-1930), aparece la rivalidad entre el catolicismo intransigente y los cuestionamientos formulados por ciertos sectores anticlericales y modernistas. La segunda etapa (1930-1962) gira en torno a las reformas emprendidas por los gobiernos liberales que desde una perspectiva eurocéntrica buscaron ampliar las bases de la democracia. En respuesta a estas iniciativas, el episcopado siguió en la línea de la intransigencia para hacer frente al liberalismo progresista. Con el regreso en 1946 de los conservadores al poder, se inició uno de los periodos más violentos conocido como la Violencia en el que se recrudeció el conflicto entre “modernidad” y “tradicionalismo” que dividió a la sociedad colombiana en dos bandos: liberales y conservadores.

En la década de los treinta, la Iglesia católica a través de los jerarcas mantuvo una gran influencia en lo político, hasta el punto de influir y convencer a favor a muchos de los dirigentes de la política nacional a aceptar y reconocer sin titubeos que

las ideas izquierdistas, socialistas, marxistas fueran identificadas como opositoras al cristianismo, se decía que su interés era el de arrebatarle su espíritu cristiano a la población, y que por lo tanto no debían ser aceptadas ni enseñadas. En esta transformación, la paz no es un ideal básico, por el contrario, la pugna religión-política ha sido una lucha por conservarse, legitimar sus prácticas y mantener sus fieles. (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 2014, p. 119)

En la tercera etapa (1962-1990), se dan los cambios en el catolicismo impulsados por el Concilio Vaticano II y retomados por el clero latinoamericano.

En ella se percibe con mayor acento el carácter reaccionario del episcopado colombiano, acompañado de tensiones y fisuras internas mucho más evidentes que en el pasado. Los problemas sociales que aquejan al país son traumáticos, en particular la guerra entre el Estado y los movimientos guerrilleros se recrudecen, lo que lleva a los jerarcas a replantear su visión y actitud ante el problema social.

La cuarta etapa (1991 y hasta nuestros días) inicia con la formulación de una nueva constitución política que buscó ampliar el concepto de democracia y modificar las relaciones entre el Estado y la religión.

Desde ese entonces, el episcopado ha asumido un rol un poco más protagónico en la sociedad colombiana a través del ejercicio de la mediación del conflicto nacional en la búsqueda por la concreción de los acuerdos de paz, no sin cierta ambigüedad en su empeño.

Para resaltar la importancia del papel de la Iglesia católica como mediadora en el contexto nacional, mencionamos no solo el caso colombiano, sino otros casos que se dieron en América Latina, sobre todo en aquellos países donde también hicieron presencia las dictaduras militares, los conflictos armados internos y las tensiones sociales (Bolivia, Guatemala, El Salvador, Chile y Venezuela).

Ahora pasamos a mencionar algunos casos en los que la Iglesia católica ha ejercido el papel de la mediación tanto a nivel nacional como internacional. En el caso colombiano, la Iglesia católica a través de sus obispos ha intervenido en la mediación entre el Gobierno y los grupos guerrilleros. En Bolivia y Chile, organizó y llevó a cabo diálogos entre los partidos de oposición bajo dictaduras, también ha intervenido de forma frecuente en la mediación en conflictos laborales entre sindicatos y Gobierno. En todos estos casos, ha realizado

contribuciones importantes a la consolidación y el retorno de la democracia formal y constitucional, la defensa de los derechos humanos y el respeto del derecho internacional humanitario.

En Colombia, el episcopado colombiano en su asamblea plenaria de 1981 exhortaba a las autoridades del Estado, a los expertos en la violencia y a los grupos armados a poner fin a las actitudes de violencia. En su mensaje pastoral, los obispos afirmaban que la paz está gravemente perturbada no solo por el desorden, la violencia y la lucha fratricida, sino por el empleo de métodos violentos que solo traen males y desolación al país, sin ser la vía para lograr la solución de los graves problemas sociales y el progreso auténtico. Las autoridades han de cumplir con su misión que es proteger y asegurar el orden público a través del justo ejercicio y no mediante los abusos de represión, velar por que los intelectuales de la violencia no destruyan las necesarias libertades de la nación e instar a los grupos armados a optar por la dejación de las armas porque los colombianos merecemos una vida humana, justa y digna.

Nuestro llamamiento de Pastores se dirige a todos los colombianos. Todos, sin excepción alguna, estamos llamados a ser obreros de la paz por nuestro ánimo de conciliación, por nuestra respuesta generosa y no exenta de sacrificios a las exigencias de la justicia, por nuestra caridad cristiana que sabe descubrir en todo semejante a un hermano en Cristo, igual a nosotros. De modo especial anhelamos que nuestra voz llegue hasta el corazón mismo de los alzados en armas. Les decimos con evangélica franqueza que el camino por ellos escogido no edifica la patria nueva y justa en que deseamos vivir. Reflexionen serenamente sobre los irreparables males de la violencia, busquen el diálogo sereno que aproxime las mentes y las voluntades, opten, por los beneficios de la paz para ellos y para nuestro sufrido pueblo que ya ha padecido demasiado el azote de la violencia, la

destrucción y la muerte. Abrigamos la confianza de que nuestra palabra, que es la de Cristo, será escuchada. (Revollo, 1981, p. 2)

Por su parte, Luis Augusto Castro, arzobispo de Tunja y presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia (CEC), y como miembro de la comisión facilitadora autorizada por el Gobierno para desarrollar las gestiones humanitarias con las FARC, reconoce que ha habido algunos pero no suficientes avances y aproximaciones, existen cuellos de botella que dificultan las negociaciones, aduciendo que la salida militar pone en riesgo la liberación de los secuestrados (González, 2005).

La asamblea de la CEC realizada en 2003 reiteraba que la única alternativa al conflicto que vivía el país era “una solución política negociada”. De igual modo, mencionaba que el problema agrario no había sido resuelto y que el Estado no tenía políticas agrarias, excepto la retribución de tierras en un porcentaje mínimo que surgió del acuerdo de La Habana, pero que estaba siendo desconocido por el Gobierno de entonces y que profundizaba aún más el deterioro de la calidad de vida de los campesinos.

El problema de la tierra está asociado al conflicto armado y al narcotráfico que ha generado el desplazamiento de casi el 30 % de la población colombiana, de modo que los más perjudicados son el campesinado, las comunidades indígenas y las comunidades afrodescendientes. A ello se suma la denuncia de la progresiva concentración de la tierra en manos de los narcotraficantes, las autodefensas y la guerrilla. La Iglesia católica reclama al Estado la puesta en marcha de políticas públicas y la destinación de mayores recursos para la agricultura no para los grandes terratenientes, sino para el campesinado que sobrevive en su pequeña parcela. Esta nueva postura de los jerarcas católicos contrasta con la historia política de Colombia.

A pesar del acentuado conservadurismo que ha acompañado al episcopado, esto no ha sido impedimento para que los obispos conozcan y acepten las evoluciones significativas que en materia política y social ha tenido el país. La Iglesia católica como institución religiosa y como actor importante en la historia del país ha realizado grandes aportes en los campos de la educación, la cultura, la salud y la reconciliación, ejerciendo un liderazgo indiscutible como mediadora en la búsqueda de alternativas al conflicto nacional, sobre todo, durante las últimas décadas.

La importancia de la Iglesia católica en la sociedad es innegable: además de ser un actor de capital importancia en la historia colombiana, al margen de su visión sobre el mundo, eminentemente religiosa, es líder activo en campos importantes del desarrollo como la educación, la salud, la cultura o la reconciliación. Según datos del *Anuario Pontificio Estadístico* (Santa Sede 2014), más de 10.000 instituciones en el país son administradas o, por lo menos han sido fundadas e impulsadas inicialmente por la Iglesia Católica. Aunque la Constitución Política de 1991 haya establecido un Estado laico, y además, haya propugnado la separación entre la Iglesia y el Estado, el aporte de las diversas instituciones religiosas resulta ser vital para apoyar tanto social como emocionalmente la reconciliación y (re) construcción de lazos entre los diferentes grupos sociales o comunidades. (Gutiérrez, 2016, p. 92)

En el caso de Bolivia, entre 1968 y 1989, la Iglesia católica intervino como mediadora del conflicto social entre el Gobierno, los partidos políticos y la Central Obrera Boliviana (COB) donde se llegó a un acuerdo tras cuatro meses de negociación, firmado con la presencia del presidente René Barrientos Ortuño, el representante de los obreros, los cardenales Clemente Maurer (arzobispo de Sucre), Jorge Manrique (arzobispo de La Paz), los obispos de Santa Cruz y Corocoro, y del nuncio papal. Durante las dictaduras de los generales Hugo

Banzer y García Mesa, la Iglesia católica no ejerció ninguna mediación, pero entre 1980 y 1981, durante la dictadura de Luis García Meza, actuó en defensa de los derechos humanos.

En noviembre de 1979, cuando el coronel Alberto Natusch Busch intentó derrocar al presidente Walter Guevara Arze hecho que dejó cerca de quinientas personas muertas, la Iglesia católica a través de los dos obispos auxiliares de La Paz persuadieron al coronel de desistir de sus planes golpistas y entregó el poder a manos del Congreso. En 1982, el país vuelve a la democracia y lo hace bajo la presidencia de Hernán Siles Zuazo, pero la situación social era insostenible: hubo huelgas, acusaciones de corrupción e hiperinflación, y además el presidente se declara en huelga de hambre. Ante esta situación, la Iglesia católica, a través del nuncio papal y tres obispos, lo persuaden para que abandone su huelga y enfrente directamente la crisis que vive el país. Como alternativa, se propuso la realización de una diálogo nacional para hallar la solución a la crisis (Klaiber, 1996).

Finalmente, en 2019, tras la salida de Evo Morales del poder, la crisis retornó y dividió al país. La Iglesia católica ejerció nuevamente el rol de mediadora y junto a otros organismos internacionales como la Unión Europea (UE) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU) buscaron salida a la crisis a través de la convocatoria de nuevas elecciones mediante una ley.

La guerra civil en El Salvador que tuvo lugar entre 1980 y 1992 y segó la vida de cerca de 75 000 salvadoreños. Durante este periodo, la Iglesia católica, a través del arzobispo de San Salvador, monseñor Arturo Rivera y Damas, ejerció como mediador entre el Gobierno y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). “Sus credenciales para mediar eran excelentes: fue amigo del

Presidente y, en general, simpatizaba con el partido de la Democracia Cristiana; pero, también, fue uno de los pocos obispos que apoyaban a Oscar Romero (su antecesor), y por eso, fue aceptable para el FMLN” (Klaiber, 1996, p. 210).

En 1988, monseñor Rivera y Damas organizó un gran debate nacional con la participación de intelectuales, políticos y representantes de las comunidades indígenas para que manifestaran sus opiniones acerca de los problemas sociales.

En el caso de Guatemala, encontramos al grupo guerrillero Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y al dictador militar Efraín Ríos Montt (1982-1983) que se hizo célebre por su política de “fusiles y frijoles” con la cual encerró a la población indígena, en que miles de campesinos murieron. En 1987, bajo la Presidencia de Vinicio Cerezo, inició el primer acercamiento con la guerrilla que tuvo lugar en Madrid, como resultado se creó la Comisión Nacional de Reconciliación, que fue presidida por el obispo de Esquipulas, Rodolfo Quesada Torruño. Sin embargo, en 1994, los obispos decidieron de forma colectiva retirar a la Iglesia de las negociaciones entre el Gobierno y la guerrilla.

En 1995, se suspendieron las negociaciones entre el Gobierno y la guerrilla, “pero esta vez fue un grupo independiente de los obispos: la Comunidad Sant’ Egidio, una asociación de laicos católicos que se especializan en resolver conflictos. Otra vez, el Gobierno y la guerrilla volvieron a la mesa para conservar” (Klaiber, 1996, p. 211).

En Chile, durante la dictadura del general Augusto Pinochet la mediación de la Iglesia católica fue ejercida por el arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, en la que se asumió un papel profético de denuncia de las violaciones de los derechos humanos. Para ello, se creó la Vicaría de la Solidaridad (1976), una oficina legal para investigar casos de personas desaparecidas. En la misma

perspectiva, en 1984, monseñor Juan Francisco Fresno se dio a la tarea de organizar a la población civil en un frente común para trabajar por el bien del país. Fruto de esta convocatoria se elaboró un documento conocido como el Acuerdo Nacional (Klaiber, 1996, p. 211).

Finalmente, hay otro caso que merece ser resaltado por su trayectoria e impacto en las comunidades indígenas de Chiapas, estado de México, el caso de monseñor Samuel Ruiz que ejerció como mediador entre los zapatistas y el Gobierno Central.

Al indagar la perspectiva de paz que ha dinamizado al episcopado colombiano, llama la atención que haya tardado décadas en comprender e implementar la visión de paz propuesta por el Concilio Vaticano II. En la CEC, la paz ha sido motivo de grandes debates y tensiones internas. Fruto de ello han sido las respuestas diversas sobre la conveniencia de establecer una relación entre la cuestión social con la superación de la violencia y la participación de los obispos en los diálogos con los grupos levantados en armas al margen de la ley (Cristancho, 2011). Después del Concilio Vaticano II, empieza a darse un cambio notablemente en la manera de relacionarse la jerarquía eclesial con la sociedad colombiana, en gran medida debido a la búsqueda de la paz a través del papel de la mediación y la atención a lo social.

En este orden de ideas, es necesario identificar la visión de paz de la Iglesia católica para comprender crítica y propositivamente el papel ejercido por los obispos en el conflicto nacional. De igual manera, cabe preguntarse cuál es el modelo de Iglesia y el tipo de obispo que requiere y reclama la sociedad colombiana en la búsqueda y consolidación de la paz. La sociedad colombiana sigue siendo lacerada por una violencia que pareciera no tener fin. La pretensión

de muchos sectores del país, entre ellos la clase política y la oligarquía, es la de hacer trisas los acuerdos de paz realizados en 2016 entre el Estado y las FARC. El asesinato permanente y sistemático de líderes sociales y desmovilizados así lo está corroborando. “Según la ONG colombiana, Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz - Indepaz, en los primeros seis meses de 2020, 153 líderes sociales y defensores fueron asesinados en Colombia” (González, 2020, n.º 3). Los congresistas demócratas estadounidenses enviaron una carta dirigida a las autoridades norteamericanas para que interceda ante el Gobierno de Iván Duque a fin de buscar la protección de los líderes sociales colombianos que ha sido asesinados, incrementados en esta época de cuarentena de la covid-19. Ello evidencia una vez más que la paz en Colombia se ve cada vez más distante y lejana, lo cual hace que esta siga siendo el gran e impostergable desafío que tiene la sociedad colombiana.

La sociedad colombiana cree y espera que la Iglesia católica le ayude en la consecución de este gran desafío. De ahí la urgencia de contar con obispos que sean capaces de idear e impulsar nuevas propuestas y metodologías pastorales en las que prime un modelo de Iglesia caracterizado por la comunión, el diálogo, la apertura, abanderado y defensor de los pobres y de las víctimas de la violencia, que considere nuestra idiosincrasia, las necesidades, las expectativas y los sueños de todos, en especial de los menos favorecidos. Urge obispos con una gran capacidad de escuchar la voz del otro, pero, sobre todo, de los que sufren, de los excluidos, marginados y abandonados; obispos que discernan y oren en todo momento y circunstancia sus actuaciones y decisiones; obispos con nuevas lógicas de comprensión de la realidad nacional para transformarla; obispos que reconozcan al ser humano como un ser histórico, pluricultural,

multidimensional, con características inmanentes y trascendentes diversas para vivir y expresar la fe.

Las directrices del Concilio Vaticano II sobre la paz

La paz aparece asociada con el respeto y la defensa de la dignidad humana y ocupa un lugar central en la doctrina social de la Iglesia. El papa Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris* (1963) manifestó que la configuración de la paz está determinada por la verdad, la justicia, la libertad y la reconciliación, y alineada en la perspectiva de dar respuesta a la condición inhumana en la que viven numerosos sectores de la población mundial, y cómo esa situación constituye una amenaza para garantizar un orden pacífico. La visión de la Iglesia católica sobre la paz incluye una mirada amplia que considera el progreso social y el respeto a las libertades individuales como aspectos fundamentales de la convivencia pacífica entre los pueblos y las comunidades (Juan XXIII, 1963, n.º 11). En este sentido, el papa Juan XXIII manifiesta que la persona humana es sujeto de derechos y deberes:

En toda convivencia humana bien ordenada y provechosa hay que establecer como fundamento el principio de que todo hombre es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío, y que, por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes, que dimanen inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciarse por ningún concepto. (n.º 9)

El Concilio Vaticano II (1962-1965) y la asamblea del episcopado latinoamericano llevada a cabo en Medellín (Colombia) en 1968 marcaron y configuraron un nuevo devenir para el catolicismo. Los debates, las reflexiones y las decisiones que se tomaron en estos dos eventos imprimieron un giro en el

que fue evidente el contraste entre la Iglesia de la cristiandad y la Iglesia como Pueblo de Dios.

El episcopado reunido en Medellín no solo denunció la vergonzosa situación en la que vivían millones de latinoamericanos, sino que señaló a los culpables de tales injusticias, comenzando por la “oligarquía”. Los prelados procedieron, incluso, a una fuerte autocrítica y reconocieron que la Iglesia no había estado a la altura de sus deberes sociales. La lectura que hicieron del descontento popular y de las organizaciones guerrilleras rompía con las interpretaciones tradicionales: las protestas y la violencia política tenían su origen en el fracaso del Estado en materia social y no en un “complot comunista”, como afirmaban los sectores conservadores. Por tanto, agregaban, era urgente proceder a las reformas necesarias si se quería poner fin a las diversas manifestaciones de “violencia institucionalizada” (pobreza, analfabetismo, exclusión política, represión) (Arias, 2009, p. 69).

Los nuevos cambios eclesiológicos revelan el contraste entre una Iglesia de posturas rígidas y tradicionales frente al mundo moderno, y una Iglesia dialogante, solidaria e inquieta por lo social. Este *aggiornamento* de la Iglesia promovido por el papa Juan XXIII significó dejar atrás un modelo de cristiandad de tipo medieval que imperó durante muchos siglos en la Iglesia. Esta renovación eclesial exigía una mejor comprensión y adaptación al mundo moderno. Para escudriñamiento de la realidad social, se adoptó la categoría “los signos de los tiempos”.

La adaptación al mundo moderno exigía, por parte de la Iglesia, tomar una nueva posición frente a una serie de puntos que hasta entonces solo habían merecido condenas. En primer lugar, un reconocimiento pleno de la

pluralidad, de la gran diversidad cultural, que era una de las características de esa modernidad de la que se quería hacer parte. La promoción de un mundo plural también abarcaba el campo de la libertad religiosa, la cual se convirtió en un pilar imprescindible de la dignidad del hombre, un derecho humano que, al igual que los demás derechos inviolables del individuo, garantizaba el bien común de la sociedad (Arias, 2009, p. 68).

El Vaticano II significó no solo para la Iglesia sino para el mundo un pentecostés para el catolicismo, “fue una auténtica irrupción del Espíritu sobre la Iglesia, un acontecimiento salvífico, un *kairós*. Hay un ‘antes’ un ‘después’ del Vaticano II” (Codina, 2011, p. 357). Específicamente, la constitución *Lumen gentium* (Pablo, 1964) en la que es evidente el paso de una eclesiología tradicional a una eclesiología renovada y que fue replicado por las conferencias de Medellín y Puebla:

De la Iglesia de Cristiandad, típica del Segundo milenio, centrada en el poder y la jerarquía, se pasa a la Iglesia del Tercer milenio que recupera la eclesiología de comunión típica del Primer milenio y, al mismo tiempo, se abre a los nuevos signos de los tiempos (GS 4; 11; 44); De una eclesiología centrada en sí misma, se abre a una Iglesia orientada al Reino; De una Iglesia sociedad perfecta se pasa a una Iglesia misterio, radicada en la Trinidad (LG I); De una eclesiología exclusivamente cristocéntrica (¡incluso cristomonista!) se pasa a una Iglesia que vive tanto bajo el principio cristológico como bajo el principio pneumático del Espíritu (LG 4); De una Iglesia centralista a una Iglesia corresponsable y sinodal que respeta las Iglesias locales; De una Iglesia identificada con la jerarquía a una Iglesia toda ella Pueblo de Dios con diversos carismas (LG II); De una Iglesia triunfalista que parece haber llegado a la gloria a una Iglesia que camina en la historia hacia la escatología y se llena del polvo del camino (LG VII); De una Iglesia señora y dominadora, madre y maestra universal a una Iglesia servidora

de todos y en especial de los pobres; De una Iglesia comprometida con el poder a una Iglesia solidaria con los pobres; De una Iglesia arca de salvación a una Iglesia sacramento de salvación, en diálogo con las otras Iglesias y las otras religiones de la humanidad, en pleno reconocimiento de la libertad religiosa. (Codina, 2011, p. 358)

La paz aparece de forma clara en el esquema de la constitución *Gaudium et spes* (Pablo, 1965), sobre todo, en la visión conciliar Iglesia-mundo en la que se dan orientaciones para interpretar los conflictos violentos, sus causas y soluciones. La paz es concebida como el resultado de la superación de estructuras económicas, sociales y culturales injustas.

“La paz no es una mera ausencia de guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas contrarias, ni nace del dominio despótico, sino con razón y propiedad se define como la obra de la justicia” (*Gaudium et spes*, n.º 78). En esta interpretación, el logro de la paz incluye la necesidad de transformar las condiciones de pobreza e inequidad como una manera de prevenir la violencia. En el ámbito de los estudios de paz, llama la atención que Johan Galtung haya coincidido con estos mismos planteamientos en sus trabajos de 1969, donde ofreció pruebas empíricas a favor de ellos. Galtung (1969), como se sabe, formuló y desarrolló el concepto de violencia estructural, que evidencia la necesidad de la superación de las estructuras económicas y sociales injustas como condición para la paz social. (Cristancho, 2011, p. 100)

En respuesta a este propósito de la *Gaudium et spes*, el papa Pablo VI instituyó en 1967 la Pontificia Comisión de Iustitia et Pax¹ con los siguientes propósitos:

1) recopilar y resumir una documentación sobre los mejores estudios científicos y técnicos, tanto en el campo del desarrollo en todos sus aspectos: educativo

¹ La Comisión Iustitia et Pax instituida por el papa Pablo VI a través de un *motu proprio* publicado en *Catholicam Christi Ecclesiam*, inicialmente el cometido de la comisión fue de estudio para estimular a la comunidad católica a promover el progreso y la justicia social.

y cultural, económico y social, etc., y para los problemas de paz que son más grandes que las del desarrollo; 2) contribuir a la profundización, particularmente desde el aspecto doctrinal, pastoral y apostólico de los problemas del desarrollo y la paz; 3) dar a conocer los resultados de estos estudios a todos los organismos eclesiásticos interesados en los problemas; 4) establecer contactos entre todos los organismos de la Iglesia, que trabajan para fines similares, con el fin de fomentar la coordinación de esfuerzos, apoyar los más válidos y evitar la duplicación. (Pablo VI, 1967, párrs. 12-13)

En la encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI (1967), la justicia y la paz constituyen el eje central del documento que tiene como intención aplicar las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

Después de un periodo experimental de diez años de duración de la Comisión de Justicia y Paz, en 1976, el mismo Pablo VI, con un nuevo *motu proprio (Justitiam et pacem)*, estableció los nuevos propósitos y principios de la Comisión para la promoción de la justicia y la paz:

Llevar a cabo estudios en vista de la acción, pero colocándolos en una perspectiva pastoral de evangelización; estar al servicio de los miembros e instituciones de la Iglesia, para que puedan traducir los consejos y estímulos recibidos por la Comisión en compromisos que tengan el valor del testimonio cristiano; actuar de tal manera que inspire el progreso y la renovación, colocando su orientación fundamental y garantizando su efectividad en fidelidad a la autoridad suprema de la Iglesia; finalmente, hacer este trabajo desde una perspectiva ecuménica. Tampoco debe olvidarse que el cambio continuo y rápido de las relaciones entre las personas y los pueblos plantea constantemente nuevas preguntas o revela nuevos aspectos de los problemas relacionados con la justicia, la paz, el desarrollo de los pueblos y los derechos humanos. Para hacer frente a esta

realidad compleja y cambiante, la Comisión debe tener estructuras adecuadas a su disposición. (Pablo VI, 1976, n.º 4)

Otro de los efectos positivos de la renovación eclesial que trajo consigo el Vaticano II fue el inicio de las celebraciones anuales de las Jornadas de la Paz promovidas y establecidas por el papa Pablo VI para defender la paz de todos los peligros que la amenazan, como los de la supervivencia de los egoísmos entre las naciones; el no reconocimiento y respeto del derecho a la vida y a la dignidad humana que puede arrastrar a los pueblos a la desesperación, el aumento incontrolado de armamentos exterminadores con los que las grandes potencias disponen invirtiendo enormes recursos financieros que contrastan con las graves necesidades que afligen el desarrollo de tantos pueblos y el peligro de creer que los litigios internacionales no puedan ser resueltos por las negociaciones fundadas en el derecho, la justicia y la equidad. Pablo VI insiste en la misma perspectiva de Juan XXIII:

Es necesario educar al mundo para que ame la Paz, la construya y la defienda; contra las premisas de la guerra que renacen (emulaciones nacionalistas, armamentos, provocaciones revolucionarias, odio de razas, espíritu de venganza, etc.) y contra las insidias de una táctica de pacifismo que adormece al adversario o debilita en los espíritus el sentido de la justicia, del deber y del sacrificio, es preciso suscitar en los hombres de nuestro tiempo y de las generaciones futuras el sentido y el amor de la Paz fundada sobre la verdad, sobre la justicia, sobre la libertad, sobre el amor. (Pablo VI, 1968, n.º 15)

Añade el papa Pablo VI:

Con mucha claridad que la Paz es la línea única y verdadera del progreso humano (no las tensiones de nacionalismos ambiciosos, ni las conquistas violentas, ni las represiones portadoras de un falso orden civil); lo hacemos porque la Paz está en

la entraña de la religión cristiana, puesto que para el cristiano proclamar la paz es anunciar a Cristo; “Él es nuestra paz” (Ef. 2, 14); el suyo es “Evangelio de paz” (Ef. 6, 15); mediante su sacrificio en la Cruz, Él realizó la reconciliación universal y nosotros, sus seguidores, estamos llamados a ser “operadores de la Paz” (Mt. 5, 9); y solo del Evangelio, al fin, puede efectivamente brotar la Paz, no para hacer débiles ni flojos a los hombres sino para sustituir, en sus espíritus, los impulsos de la violencia y de los abusos por las virtudes viriles de la razón y del corazón de un humanismo verdadero. (Pablo VI, 1968, n.º 14)

Durante los siglos XIX y XX, el episcopado colombiano se identificó, indudablemente, con esa actitud reaccionaria, intransigente y esquiva a los nuevos cambios y orientaciones eclesiales surgidas del Concilio Vaticano II, sobre todo con el Pacto de las Catacumbas firmado por más de 65 obispos que se comprometieron a hacer realidad una Iglesia profética, servicial y del lado de los pobres. La vida del padre Camilo Torres puso en evidencia la discusión sobre el papel ético y moral del cristiano en la sociedad, de esta forma su opción implicó una ruptura en la historia del catolicismo colombiano con aquellas actitudes y mentalidades tradicionales y hegemónicas, lo que significó un gran cuestionamiento y un desafío para el catolicismo, específicamente para la Iglesia católica colombiana (Arias, 2009).

La concepción de paz desarrollada y promovida por el Concilio Vaticano II, como lo expresa Fisas (2009), citado por (PNUD, 2014), no tiene que ver con el mantenimiento del *statu quo*, lleno de injusticias o desigualdades, como se ha dado en la historia de Colombia, defendido por la clase política y oligárquica del país que ha logrado perpetuarse en la gobernanza del Estado durante siglos, y que mediante el ejercicio del poder autoritario y la manipulación de los imaginarios religiosos y culturales han creado en la población una actitud de

resignación y docilidad para seguirlos gobernando a sus antojos. Esta postura explica por qué el ideario de paz promovido e impuesto por la oligarquía junto con la clase política y religiosa es la *pax romana* o que se aparta de la concepción de paz promovida por el Vaticano II. La nueva concepción de paz implica el desenmascaramiento de los mecanismos de dominación para recuperar la dignidad a través de procesos de cambio y de transformación en todos los niveles tanto individual como social y estructural, es decir, atender y escuchar las reivindicaciones sociales que reclaman mejores condiciones de vida, una mejor distribución del ingreso, un bienestar social de los marginados, la defensa de los derechos humanos, etc. Todas estas reivindicaciones “no pueden ser sofocadas con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz” (Giraldo, 2017, p. 10). En esta misma línea, el papa Francisco afirma:

No puede entenderse como un irenismo o como una mera ausencia de violencia lograda por la imposición de un sector sobre los otros. También sería una falsa paz aquella que sirva como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres, de manera que aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden. [...] La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética. (Giraldo, 2017, p. 10)

La consolidación de esta perspectiva de paz en Colombia exige grandes desafíos, entre ellos, la puesta en marcha de la construcción de un proyecto de nación con el concurso de empresarios, la clase dirigente, las diversas instituciones, los líderes políticos y religiosos enfocados en un interés común,

la búsqueda permanente de la paz, dejando de lado todo tipo de revanchismo y odios que son generadores de violencia.

No necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural [...] Las heridas hondas de la historia precisan necesariamente de instancias donde se haga justicia, se dé posibilidad a las víctimas de conocer la verdad, el daño sea convenientemente reparado y haya acciones claras para evitar que se repitan esos crímenes: Pero eso solo nos deja a las puertas de las exigencias cristianas. A nosotros cristianos se nos exige generar “desde abajo” un cambio cultural: a la cultura de la muerte, de la violencia, responder con la cultura de la vida, del encuentro [...] Cuántas veces se viven como normales procesos de violencia, exclusión social, sin que nuestra voz se alce ni nuestras manos acusen proféticamente. (Giraldo, 2017, p. 5)

De igual manera, este proyecto nuevo de nación exige la transformación de la política, la economía, la cultura y la religión alineados en pro de un proyecto común de país, es decir, han de estar involucrados de forma sinérgica para responder desde nuestro contexto a las preguntas que nos plantea el papa Francisco (2015) en la encíclica *Laudato si'*.

¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo? Esta pregunta no afecta solo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario. Cuando nos interrogamos por el mundo que queremos dejar, entendemos sobre todo su orientación general, su sentido, sus valores. Si no está latiendo esta pregunta de fondo, no creo que nuestras preocupaciones ecológicas puedan lograr efectos importantes. Pero si esta pregunta se plantea con valentía, nos lleva inexorablemente a otros cuestionamientos muy directos: ¿Para qué pasamos por este mundo? ¿Para qué vinimos a esta vida? ¿Para qué trabajamos y luchamos? ¿Para qué nos necesita

esta tierra? Por eso, ya no basta decir que debemos preocuparnos por las futuras generaciones. Se requiere advertir que lo que está en juego es nuestra propia dignidad. Somos nosotros los primeros interesados en dejar un planeta habitable para la humanidad que nos sucederá. Es un drama para nosotros mismos, porque esto pone en crisis el sentido del propio paso por esta tierra. (n.º 160)

La paz no puede quedar delimitada o secuestrada por una entidad estática o unos simbolismos que no corresponden ni trascienden las reales necesidades y expectativas de los ciudadanos, sino que ha de constituirse en el fundamento clave de un proceso social que conlleve un nuevo orden de cosas interconectados con los todos los aspectos de la existencia humana. Este proyecto de nación obra de forma coherente con lo que expresa la Constitución Política (1991): “Todas las personas nacen libres e iguales ante la ley, recibirán la misma protección y trato de las autoridades y gozarán de los mismos derechos, libertades y oportunidades sin ninguna discriminación por razones de sexo, raza, origen nacional o familiar, lengua, religión, opinión política o filosófica” (art. 13). En la misma línea, el papa Juan XXIII (1963) insiste en que el Estado debe garantizar los derechos a todos los ciudadanos para que posean una existencia digna y un decoroso nivel de vida. De lo contrario, la paz será una retórica vacía, mientras no esté fundada en el orden realmente democrático, social y económico basado en la verdad, sustentado en la justicia, henchido por la caridad y estimulado por la libertad (n.º 167).

[En cuanto al] tema de los derechos del hombre, observamos que este tiene un derecho a la existencia, a la integridad corporal, a los medios necesarios para un decoroso nivel de vida, cuales son, principalmente, el alimento, el vestido, la vivienda, el descanso, la asistencia médica y, finalmente, los servicios indispensables que a cada uno debe prestar el Estado. De lo cual se sigue que el hombre posee también el derecho a la seguridad personal en caso de enfermedad,

invalidez, viudedad, vejez, paro y, por último, cualquier otra eventualidad que le prive, sin culpa suya, de los medios necesarios para su sustento. (n.º 11)

Estas insinuaciones en las que insiste la encíclica *Pacem in terris* aportaron un cambio de perspectiva en la comprensión de la paz, es decir, la paz no debe entenderse como el fin que justifique la guerra para ser alcanzada; por el contrario, su realización requiere la coherencia entre los medios y los fines, tal como lo muestran las opciones pacíficas de Gandhi:

“No hay camino para la paz, la paz es el camino”, así la paz deja de ser el fin último que justifica la guerra para ser alcanzada; pasando de fin a medio las acciones no violentas resuenan como garantías de una paz imperfecta y no como un estado de idealización de la paz. (PNUD, 2013, p. 122)

La misión de la Iglesia católica se fundamenta en el anuncio del Evangelio de la paz, una realidad que involucra lo interior y exterior de todo cristiano y de toda cultura, y esto porque el Evangelio, el plan salvífico de Dios, solo tiene lugar en la vida humana, histórica y concreta. Es ahí donde acontece realmente la salvación obrada y anunciada por Jesucristo como manifestación de la verdad, la justicia, la reconciliación y la paz. Desde esta perspectiva, la tarea fundamental de los obispos es hacer que la Iglesia católica sea sacramento de salvación, es decir, experta en humanidad, sintiéndose verdaderamente solidaria del género humano con sus miserias, aspiraciones y anhelos (Pablo, 1965, n.os 1,9 y 10). Un Iglesia servidora de todos y, en especial, solidaria de los pobres, de las víctimas y de los abandonados, una Iglesia que camina en la historia y en diálogo con las culturas, con las otras Iglesias y religiones en el respeto de la libertad religiosa para hacer creíble el Evangelio de la paz mediante la renuncia a la guerra y la violencia. Como lo afirma el papa Francisco (2014c), citando al papa Benedicto XV en 1917: “En definitiva todas las guerras, [...] son una ‘nútil masacre’. La guerra arrastra a los

pueblos hacia una espiral de violencia que se revela difícil de controlar; destruye lo que generaciones y generaciones se han esforzado en construir y prepara el camino para injusticias y conflictos todavía peores” (n.º 2).

La guerra y la violencia, afirma el papa Francisco, son la locura y el suicidio de la humanidad, “porque mata el corazón, mata precisamente donde está el mensaje del Señor: ¡mata el amor! Porque la guerra viene del odio, de la envidia, del deseo de poder” (Francisco, 2013b, n.º 1). Y agrega:

Tantas veces hemos visto que los problemas locales, los problemas económicos, las crisis económicas, los grandes de la tierra quieren resolverlos con una guerra: ¿Por qué? ¡Porque el dinero es más importante que las personas para ellos! Y la guerra es precisamente esto: es un acto de fe en el dinero, en los ídolos, en los ídolos del odio, en el ídolo que te lleva a matar al hermano, que lleva a matar el amor. Me viene a la mente esa palabra del nuestro Padre Dios a Caín quien, por envidia, había asesinado a su hermano: “Caín, ¿dónde está tu hermano?”. Hoy podemos oír esta voz: es nuestro Padre Dios que llora, que llora por esta locura nuestra, que nos dice a todos nosotros: “¿Dónde está tu hermano?”; que dice a todos los poderosos de la tierra: “¡Qué han hecho!”. (Francisco, 2013b, n.º 1

Algunas conclusiones eclesiológicas

Este trabajo, que ha recorrido distintos momentos de nuestra historia colombiana, como telón de fondo y contextos a los que la Iglesia católica no puede eludir, nos ha permitido ver que la posición de un sector de Iglesia, en el caso que incumbe a esta investigación, la jerarquía, a través de sus representantes, los obispos, ha tenido diversas posturas ante las realidades del país.

Una jerarquía, que promovió la violencia entre década de los cuarenta y los sesenta, se vio interpelada a tomar opciones a favor de la paz, gracias al aire

fresco que trajo el Vaticano II, y mucho más desde las encíclicas del llamado “papa bueno”, Juan XXIII, como la *Pacem in terris*, y luego con Pablo VI, al hablar del desarrollo como el nuevo nombre de la paz *Populorum progressio*.

Esta comprensión de la paz es retomada con fuerza profética por los obispos reunidos en Medellín, que en el documento conclusivo, capítulo II, hablan de una concepción de paz integral (n.º 14), en la que cada cristiano y cada ciudadano es artífice de esta, ya que implica condiciones de vida digna para todos.

Este grito profético fue asumido por algunos miembros de la Iglesia católica, obispos, sacerdotes, religiosos, laicos, comprometidos con las causas de las comunidades y de los pueblos de América Latina, y con más fuerza durante los regímenes militares vividos en las décadas de los sesenta y los ochenta en todo el continente latinoamericano y caribeño.

El trabajo por la justicia y la paz se hizo sentir en espacios como la Vicaría de la Solidaridad en Chile, animada desde el arzobispado; las causas de los derechos humanos en Argentina en las que es importante nombrar a monseñor Enrique Angelelli y al obispo metodista Federico Pagura, fundador del movimiento ecuménico por los derechos humanos y defensor de las víctimas del régimen de Pinochet refugiados en Argentina; el obispo Leonidas Proaño en Ecuador, defensor de la causa indígena, los derechos humanos y la lucha por la tierra; Dom Helder Câmara y Pedro Casaldáliga en Brasil; monseñor Oscar Romero quien fue voz profética a favor de las víctimas de la guerra en El Salvador; Samuel Ruiz y las causas indígenas en Chiapas; la recuperación de la memoria de las víctimas del conflicto guatemalteco, con monseñor Vittorino Girardi, trabajador de la Comisión de la Verdad.

Como puede verse, estos son solo algunos ejemplos de coherencia, en contraste con quienes pasaron pasivamente ante los hechos históricos, y en los que se puede ver que existe un gran trecho entre los pronunciamientos de los escritos y la realidad, ya que solo algunos obispos, entre muchos, después de las definiciones de las conferencias episcopales, realmente asumieron el compromiso con los pueblos oprimidos.

En nuestro país, se puede ver que los obispos han tenido preocupación por la paz, urgidos por los momentos vividos durante la violencia partidista, y luego por los cincuenta años de confrontación entre las guerrillas y el Gobierno colombiano, acentuadas por el paramilitarismo y el narcotráfico. Ejemplo de obispos que trabajaron por la paz como misión, específicamente en la cercanía con sus comunidades, lo fueron los monseñores Gerardo Valencia Cano y Raúl Zambrano Camader.

Las asambleas episcopales dan cuenta de esa preocupación, y en sus reflexiones acerca de la realidad del país, llegan a vislumbrar que existen causas estructurales que hay que superar, dado que los problemas del conflicto no provienen solo de las armas, sino de las injusticias y de acontecimientos desde la llegada de los españoles.

Aquí es donde la jerarquía colombiana, en el caso de los obispos, fue llamada a tener un papel de mediación, de interlocución, entre actores armados. Incluso, ella misma se constituye en un actor más. Con debates acerca de si su labor es pastoral o política, o desde los actores en confrontación que ven en ella un actor a considerar porque su labor religiosa genera confianza para las partes y presta un servicio como facilitadora.

La indagación realizada deja ver que, para la Iglesia católica, si bien los obispos han desempeñado un papel importante en los diálogos de paz, se requiere considerar el sentido crítico de la misión; como bien lo decían los mismos obispos, la paz es inherente a la misión. Desde el punto de vista eclesiológico, es necesario estimar que han existido otros sectores de la Iglesia que han asumido el compromiso por la paz, desde la justicia y a favor de las víctimas del conflicto; conflicto que no solo es armado, sino que es a su vez un conflicto social, cada vez más evidente luego de los acuerdos entre guerrillas, paramilitares y gobiernos de turno.

Es necesario un compromiso permanente por la paz de todos los miembros de la Iglesia y de toda la sociedad, como lo indica el Evangelio y lo reafirman las líneas sugeridas en el Documento de Medellín. Ejemplos de esa labor permanente por la paz se encuentran en textos en los que Jesús dice: “cuando entren en una casa saluden la paz” (Lc 10, 5-6), “felicidades los que trabajan por la paz” (Mt 5, 9), “la paz esté con ustedes” (Jn 20, 19, 21, 26).

Paz que es vida digna, más allá de la paz que se busca para finalizar las acciones bélicas y confrontaciones armadas, paz entre contendientes. Esto plantea desafíos como examinar a qué tipo de paz se le apuesta, con qué discurso de paz nos comprometemos, para no caer en la dinámica de una paz entre contendientes en la que uno impone condiciones al otro y se llega a acuerdos entre las partes, que conlleva implícita la vivencia de una pax romana o una pacificación disfrazada de paz y deja al margen la construcción real de la paz, como lo indica el Evangelio. Promover entonces la paz como una tarea, no de unos pocos, sino de todos los bautizados, cuya misión implica dar los frutos del Reino como evidencia del Espíritu y como signo que se vive según el Espíritu (Gal 5, 22).

La búsqueda de la paz, entendida desde la perspectiva de la Buena Nueva de Jesús, anunciada desde el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento, “felices los pasos del mensajero que anuncia la paz” (Is 52, 7), requiere considerar las experiencias vividas en otras latitudes del mundo, por la misma Iglesia o Iglesias hermanas en Jesús, y estimar también el testimonio de otras voces proféticas como la de monseñor Desmond Tutu, obispo metodista, que cumplió una gran labor en la reconciliación del pueblo sudafricano, la de don Pedro Casaldáliga, en Brasil, y otros más.

Una paz que no es solo competencia de una institución religiosa, sino que involucra a todas las manifestaciones religiosas, como es el ejemplo de Aloysius Pieris y Rasiah Sugirtharajah, ambos de Sri Lanka, especialistas en religiones asiáticas y el islam; el primero fundador del centro cristiano para la investigación y diálogo interreligioso, Tulana, y el segundo profesor de teología y religión en Birmingham.

Pero la paz trasciende lo religioso, ya que, desde otros ámbitos sociales, culturales y políticos, existe también una gran preocupación y compromiso por la construcción de la paz.

Una Iglesia inspirada y visionada por el Evangelio de la paz

El actuar de una Iglesia inspirada y visionada por el Evangelio de la paz, la fe y el seguimiento de Jesús constituye una clara renuncia a la violencia, a la guerra, al mal y al egoísmo comprendido como búsqueda de sus propios intereses para elegir y vivir el bien, la verdad, la justicia y la reconciliación. En esto Jesús fue muy claro y estableció el criterio de hacernos servidores de todos (Mc 10, 44). No consiste en vivir para sí mismos, sino en vivir para Dios haciéndonos servidores de los demás.

La fe desde la perspectiva del Evangelio de la paz “comporta elegir a Dios como criterio- base de la vida, y Dios no es vacío, Dios no es neutro, Dios es siempre positivo, Dios es amor, y el amor es positivo” (Francisco, 2013c, n.º 2). El Dios que nos revela Jesús no está determinado por lo abstracto o lo vacío, de ahí que el Evangelio de la paz, como nos lo aclara el papa Francisco, no es neutralidad o un arreglo a cualquier precio. La relación con Dios implica una relación personal, porque “Dios tiene un rostro concreto, tiene un nombre: Dios es misericordia, Dios es fidelidad, es vida que se dona a todos nosotros” (n.º 2).

Actuar conforme al Evangelio de la paz no autoriza el uso de la fuerza bajo ningún pretexto, ni para difundir la fe, como se hizo en la época de la Conquista, sino que es todo lo contrario:

La verdadera fuerza del cristiano es la fuerza de la verdad y del amor, que comporta renunciar a toda violencia. ¡Fe y violencia son incompatibles! ¡Fe y violencia son incompatibles! En cambio, fe y fortaleza van juntas. El cristiano no es violento, pero es fuerte. ¿Con qué fortaleza? La de la mansedumbre, la fuerza de la mansedumbre, la fuerza del amor. (n.º 3)

Puestas estas consideraciones iniciales, los obispos tienen la gran tarea de custodiar el Evangelio para que no sea manipulado ni absorbido por los reduccionismos que terminan por convertirlo es un discurso estéril o un programa de beneficencia para recibir adulaciones o la paga de favores. En su visita a Colombia, el papa Francisco solicitó a los obispos latinoamericanos dejarse guiar específicamente por la esencia pacífica y libre del Evangelio.

No se puede reducir el Evangelio a un programa al servicio de un gnosticismo de moda, a un proyecto de ascenso social o a una concepción de Iglesia como una burocracia que se auto beneficia, como tampoco esta se puede reducir a una organización dirigida, con modernos criterios empresariales, por una casta

clerical [...] El Evangelio es siempre concreto, jamás un ejercicio de estériles especulaciones. Conocemos bien la recurrente tentación de perderse en el bizantinismo de los doctores de la ley, de preguntarse hasta qué punto se puede llegar sin perder el control del propio territorio demarcado o del presunto poder que los límites prometen [...] Se trata de que se metan día a día en el trabajo de campo, allí donde vive el Pueblo de Dios que les ha sido confiado. No nos es lícito dejarnos paralizar por el aire acondicionado de las oficinas, por las estadísticas y las estrategias abstractas. (Giraldo, 2017, p. 4)

En esta misma perspectiva, el papa solicita a los obispos que, en cada una de las diócesis o jurisdicciones, la preocupación más importante sea la de dirigirse y escuchar al ser humano en su situación real y concreta. Es ahí donde la misión de la Iglesia mantiene la fidelidad con Jesús:

Es necesario dirigirse al hombre en su situación concreta; de él no podemos apartar la mirada. La misión se realiza en un cuerpo a cuerpo [...] La Iglesia no está [...] como si tuviera las maletas en la mano, lista para partir después de haberla saqueado, como han hecho tantos a lo largo del tiempo. Quienes obran así miran con sentido de superioridad y desprecio su rostro mestizo; pretender colonizar su alma con las mismas fallidas y recicladas fórmulas sobre la visión del hombre y de la vida, repiten iguales recetas matando al paciente mientras enriquecen a los médicos que los mandan; ignoran las razones profundas que habitan en el corazón de su pueblo y que lo hacen fuerte exactamente en sus sueños, en sus mitos, a pesar de los numerosos desencantos y fracasos; manipulan políticamente y traicionan sus esperanzas, dejando detrás de sí tierra quemada y el terreno pronto para el eterno retorno de lo mismo, aun cuando se vuelva a presentar con vestido nuevo. Hombres y utopías fuertes han prometido soluciones mágicas, respuestas instantáneas, efectos inmediatos. La Iglesia, sin pretensiones humanas, respetuosa del rostro multiforme del continente, que considera no una desventaja sino una perenne riqueza, debe continuar

prestando el humilde servicio al verdadero bien del hombre latinoamericano. (Giraldo, 2017, p. 5)

El dinamismo de una Iglesia inspirada y visionada por el Evangelio de la paz ha de ser animada bajo el liderazgo y la tutoría de los obispos que tienen la gran tarea de actualizar y resignificar la identidad de la Iglesia como mediadora del anuncio del Reino de Dios. Esta es una oportunidad para descolonizar a la Iglesia de ese tradicionalismo religioso conservador que se ha enquistado en la cultura religiosa católica. Es la hora para recuperar la capacidad poética y profética que es propia del mensaje de Jesús y componentes esenciales de la identidad eclesial; de lo contrario, habrá sido en vano la tarea, porque los talentos de la compasión y la justicia se prefirieron guardar. Es decir, se renunció a esa capacidad poética de mirar a la madre tierra de forma compasiva y se silenció la dimensión profética, porque no se hizo cargo de la justicia social. Este es el campo de la acción política en la que todos debemos ser cuidadores y defensores de la vida y del planeta como la “casa común” (Villar, 2018).

El papa Francisco cuestionó duramente a todos aquellos que quieren seguir aferrados y defender a toda costa ese caduco catolicismo formalista y descomprometido que ha sido cómplice de la injusticia y la violencia en nuestro país. Los obispos han de ser auténticos discípulos que animen a muchos otros a examinar la realidad con los ojos y el corazón de Jesús, y desde allí juzgan, se arriesgan, actúan y se comprometen. Y añadió:

Jesús enseña que la relación con Dios no puede ser un apego frío a normas y leyes ni tampoco un cumplimiento de ciertos actos externos que no llevan a un cambio real de vida. Tampoco nuestro discipulado puede ser motivado simplemente por una costumbre, porque contamos con un certificado de bautismo, sino que debe partir de una viva experiencia de Dios y de su amor [...] La renovación no

debe dar miedo [...] Involucrarse, aunque para algunos eso parezca ensuciarse, mancharse [...] hoy a nosotros se nos pide crecer en arrojo, en un coraje evangélico que brota de saber que son muchos los que tienen hambre, hambre de Dios, hambre de dignidad, porque han sido despojados [...] La Iglesia no es una aduana; quiere las puertas abiertas porque el corazón de su Dios está, no solo abierto sino traspasado por el amor que se hizo dolor. No podemos ser cristianos que alcen continuamente el estandarte de “prohibido el paso”, ni considerar que esta parcela es mía. (Giraldo, 2017, p. 3)

En la perspectiva de una Iglesia dinamizada por el Evangelio de la paz, el papa Francisco trazó para ella los rasgos esenciales con los cuales sus miembros se identifiquen y asuman, y en la que los obispos como pastores y guías nos han de dar un ejemplo valeroso:

Su primer germen que la define, como si fuera su ADN, se encuentra en Dios y es su exilio de sí mismo por amor, que Francisco llama “el primer paso”, dado por Dios, no por nosotros, de donde viene su neologismo recurrente de que “Dios nos primerea”: actúa antes que nosotros; se nos adelanta a amar. Un conjunto de textos bíblicos de profundo simbolismo le sirvieron para ubicar este germen que finalmente se personifica en Jesús, definido como “autoexilio de Dios”. De allí que les diga a los obispos que el primer paso de su identidad es el de no tener miedo de salir de sí mismos por amor, y que es tan esencial cuidar ese punto de partida porque “sin ese núcleo languidecen los rasgos del Maestro en el rostro de los discípulos”. Pero el salir de sí mismos los obliga a mirar con amor el polo de su entrega, y en este caso, el rostro de la Iglesia colombiana y latinoamericana, dejándose enriquecer por lo que ese “otro” les puede ofrecer: tomar en serio las diversas y legítimas fuerzas de este pueblo, reservando especial sensibilidad hacia sus raíces afrocolombianas que generosamente han contribuido a plasmar el rostro de la tierra; tener en cuenta las sensibilidades pastorales, las

peculiaridades regionales, las memorias históricas, pues “Pentecostés consiente que todos escuchen en la propia lengua”. (Giraldo, 2017, p. 7)

En esta hora de la historia, la Iglesia ha de estar empeñada en la construcción de los senderos que conducen a la paz. La obstinación y obsesión por la guerra en la que quiere mantener al país la élite y la clase dirigente debe dar paso a opciones pacíficas que respondan a las reales necesidades y expectativas del pueblo colombiano. Para ello, la Iglesia ha de detener los lenguajes y acciones de todos aquellos que mantienen la insistencia en la confrontación armada. No permitamos que la polarización, la zozobra, el miedo y el amedrentamiento a través de las incesantes masacres de la población civil y la muerte de líderes sociales obnubilen la búsqueda y concreción de la paz. La gran mayoría de los que habitamos este territorio desea y anhela con urgencia ponerle fin a la guerra y a la violencia que tanto dolor y ruinas nos ha traído. Anhelamos un país donde todos, pueblos y culturas lleven y conformen una vida sin afugias, es decir, queremos un país donde sea posible una vida feliz, promisorio y digna para todos y no solo para unos pocos. Un país que tenga como misión primordial privilegiar la vida sobre la muerte, la creación sobre la destrucción, la solidaridad sobre la indiferencia y el egoísmo.

Una Iglesia mediadora para buscar soluciones que conduzcan a la paz en diálogo con las culturas y la sociedad civil en la perspectiva de la reconciliación

Uno de los aportes significativos de los obispos en relación con el conflicto durante el último periodo ha sido la mediación, como se mencionó al inicio del capítulo, consistente en poner sobre la mesa, en la que convergen los actores involucrados, argumentos que ayuden a la humanización y a la búsqueda de

salidas pacíficas. El oficio de la mediación le ha posibilitado a la Iglesia católica un mejor conocimiento y acercamiento a las diversas regiones y culturas del país. Además, permitió que en muchas diócesis se asumiera pastoralmente el conflicto en la perspectiva de su transformación y solución (Arias, 2009).

Hay dos condiciones clave en el ejercicio de la mediación que vale la pena ser mencionadas para una mejor comprensión. La primera es que ambas partes acepten al mediador y la segunda es que quien ofrece los oficios de la mediación debe ser una persona o institución que goce de prestigio o reconocimiento para que pueda incidir con autoridad moral sobre las dos partes en disputa. En este sentido, la Iglesia católica ha tenido legitimidad histórica y social con sus aciertos y desaciertos. Sin embargo, con la renovación eclesial que trajo el Concilio Vaticano II replicado por las conferencias episcopales de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida, la Iglesia ha ido adquiriendo una nueva legitimidad gracias al compromiso y la opción por las clases populares, el acompañamiento a los movimientos reformistas en América Latina como en Brasil donde la Iglesia católica fue reconocida como “la voz de los que no tienen voz” (Klaiber, 1996).

En todo proceso de mediación, la Iglesia católica está llamada a ejercer protagonismo a favor de las clases menos favorecidas y movimientos sociales, de modo que es defensora de la justicia social, los derechos humanos, el medio ambiente, etc. La Iglesia católica no puede quedarse en el papel de un juez neutral, sino que ha de tomar iniciativas y opciones que faciliten e influyan en el diálogo entre gobernantes, grupos armados, comunidades, movimientos sociales, sindicatos y partidos políticos (Klaiber, 1996).

El diálogo es uno de los medios más eficaces para la construcción de la paz; sin el diálogo no es posible la paz. El diálogo básicamente consiste en la intercomunicación con otras personas, grupos y culturas para crecer, madurar, ponernos de acuerdo y vivir en paz.

El diálogo implica atravesamiento, traspaso. El prefijo *dia-* significa “a través de”, lo que sugiere un cruzamiento con o una entrega a la alteridad, al otro. En ese sentido, la comunicación dialógica está directamente vinculada a *pasar* la palabra o el pensamiento a través del otro, en una especie de enunciación conjunta imbricada necesariamente, desde las perspectivas de los hablantes, en cierto sentido de comunidad. (Romeu, 2018, p. 35)

De ahí que, en el ejercicio de la mediación, el interés principal de la Iglesia es estar

en favor de la solución de los problemas que afectan a la paz, la concordia, la tierra, la defensa de la vida, los derechos humanos y ciudadanos, etc. Pero, fundamentalmente, ha de hacerse por fidelidad a las mismas convicciones sobre la dignidad humana y el bien común que son el asunto nuclear del Evangelio. (Francisco, 2013, N°. 65)

Lo anterior conlleva fortalecer los lazos de solidaridad y compromiso por los más necesitados, y realizar acciones que despiertan en muchos sectores de la sociedad colombiana poca aceptación y, quizá, persecución.

En el ejercicio de la mediación que desarrolla la Iglesia católica, el diálogo ha de estar permeado por las actitudes de la mansedumbre y la capacidad de escucha para lograr avances significativos en procura de la paz:

La mansedumbre, la capacidad de encontrar a las personas, de encontrar las culturas, con paz; la capacidad de hacer preguntas inteligentes: “¿Por qué tú piensas así? ¿Por qué esta cultura hace así?”. Escuchar a los demás y luego hablar. Primero

escuchar, luego hablar. Todo esto es *mansedumbre*. Y si tú no piensas como yo —pero sabes... yo pienso de otra manera, tú no me convences—, somos igualmente amigos, yo escuché como piensas tú y tú escuchaste como pienso yo. (Francisco, 2013d, N.º. 5)

De igual manera, un auténtico diálogo demanda también capacidad de empatía. Para que haya diálogo, tiene que darse esta empatía: “La palabra ‘empatía’ deriva del griego *empátheia* (sentir dentro) y se refiere a la capacidad de ver el mundo a través de los ojos de otra persona. Quien es empático puede entender el mundo interior del otro (sus afectos, pensamientos, emociones, etc.) pero sin hacerlos suyos” (Marino, s. f., N.º. 2).

Se trata de escuchar no solo las palabras que pronuncia el otro, sino también la comunicación no verbal de sus experiencias, de sus esperanzas, de sus aspiraciones, de sus dificultades y de lo que realmente le importa. Esta empatía debe ser fruto de nuestro discernimiento espiritual y de nuestra experiencia personal, que nos hacen ver a los otros como hermanos y hermanas, y “escuchar”, en sus palabras y sus obras, y más allá de ellas, lo que sus corazones quieren decir. En este sentido, el diálogo requiere por nuestra parte un auténtico espíritu “contemplativo”: espíritu contemplativo de apertura y acogida del otro. No puedo dialogar si estoy cerrado al otro. ¿Apertura? Más: ¡Acogida! Ven a mi casa, tú, a mi corazón. Mi corazón te acoge. Quiere escucharte. Esta capacidad de empatía posibilita un verdadero diálogo humano, en el que las palabras, ideas y preguntas surgen de una experiencia de fraternidad y de humanidad compartida. (Francisco, 2014b, N.º. 8)

En otras palabras, un auténtico proceso dialógico requiere necesariamente la capacidad de empatía. El diálogo es lo que le da sentido a la vida del hombre, porque la palabra es alimento, da vida. El diálogo requiere un auténtico espíritu “contemplativo” caracterizado por la apertura y acogida del otro.

El diálogo [se entienda] no como mera conversación entre dos personas, sino como un escenario para la comprensión mutua que es necesario para sostener una comunicación sana y eficaz. Así, la comunicación se entendería como necesidad de compartir y no como necesidad de poder, desde una visión más humanista y ética. A esto lo podemos llamar comunicación dialógica, y entenderla como un tipo de comunicación que apela a la intersubjetividad, el reconocimiento y la acción común. La comunicación dialógica, así vista, hace énfasis en la colaboración, la horizontalidad y la participación. (Romeu, 2018, p. 45)

En la sociedad colombiana, cada día se incrementa la desconfianza para con el otro, en gran parte debido a las continuas frustraciones por los acuerdos y avances por la paz y a la escasa o nula respuesta por parte de los que tienen el poder en el Estado de resolver los conflictos sociales. En este sentido, urge educarnos para el encuentro para que el otro no siga siendo visto como una amenaza. Si echamos una mirada a nuestras relaciones, encontramos que en ellas proliferan estar a la defensiva, el miedo y la desconfianza, actitudes que nos impiden acercarnos al otro con naturalidad y confianza. “Todas las guerras, todas las luchas, todos los problemas que no se resuelven, con los cuales nos encontramos, se dan por falta de diálogo. Cuando existe un problema, diálogo: esto construye la paz” (Francisco, 2013b, N°. 7). Así, el papa Pablo VI (1964, N°. 61) en la encíclica *Ecclesiam suam* expresó que esta actitud ha de ser adaptada por todos en esta hora de la historia.

El ser humano es un ser para relacionarse que se afirma y crece en una triple relación: con los demás hombres (yo-tú), con el mundo (yo-ello) y con Dios (yo-Tú). Siendo la Iglesia una comunidad de personas, ha de entenderse que ella misma es diálogo en el que todos son palabra, es decir, la Iglesia

no es un parlamento de opiniones contrastadas, que reflejan puros intereses, sino expresión de la Presencia más alta de Gracia, que convierte a los creyentes en Palabra: seres que existen al decirse unos a otros, dándose la vida, cada uno en y con los otros. Ciertamente, la comunidad es lugar donde todos dialogan sobre los diversos temas (familiares y sociales, culturales y políticos), diciéndose a sí mismas (son Palabra) al decir sus palabras, en Cristo y como Cristo. Los cristianos son iglesia (= convocación) desde Palabra, que se vuelve transparente en ellos. Todos son llamados y tienen voz en ella, porque el Dios que es Palabra en Jesús les ha hecho Palabra. Por eso, al dialogar, no dicen cosas (contenidas como en un depósito de verdades), sino que se dicen entre sí, comparten la vida (no argumentos racionales) a modo de Palabra que se acoge, comparte y celebra, en la liturgia de su propio ser en Cristo. (Pikaza, 2003, p. 58)

Por otra parte, uno de los grandes retos y a la vez propósitos del diálogo promovido por la Iglesia con las diversas culturas, grupos armados, gobernantes y sociedad civil es la búsqueda de la reconciliación. Para los cristianos, la reconciliación es un asunto que hace parte de la salvación y conlleva siempre un cambio de vida y de conducta en relación consigo mismo, con los otros, con el universo y con Dios (Flórez, et al., 2017).

La reconciliación parte de comprender los conflictos como una cualidad inherente a las relaciones humanas, [...] en este sentido, el conflicto es visto como una condición que merece especial atención y no basta con disciplinar a los infractores de las leyes o de diversa opinión, sino hay un proceso de acompañamiento y reparación de los daños que se causaron. (PNUD, 2014, p. 125)

La reconciliación y el perdón son elementos esenciales para la construcción de la paz. De ahí la necesidad de buscar siempre alternativas que conlleven la superación de la guerra mediante el establecimiento de la justicia, la verdad y la reparación sin cortapisas de ninguna índole. La reconciliación “no significa

desconocer o disimular las diferencias y los conflictos. No es legitimar las injusticias personales o estructurales. El recurso a la reconciliación no puede servir para acomodarse a las situaciones de injusticia”. En su saludo a los agentes del Estado y del establecimiento en el palacio presidencial ya lo había dicho el papa Francisco: “No olvidemos que la inequidad es la raíz de los males sociales” (Giraldo, 2017, p. 10). No cabe duda de que la reconciliación que deseamos pasa necesariamente por el reconocimiento de la equivocación de gran parte de la Iglesia católica, especialmente de sus jerarcas que antepusieron sus intereses e ideologías a la vivencia y anuncio del Evangelio como una buena noticia de paz.

No se cierren en sus propios intereses, sino que vean al otro como a un hermano y que emprendan con valentía y decisión el camino del encuentro y de la negociación, superando la ciega confrontación. Con la misma fuerza, exhorto también a la Comunidad Internacional a hacer todo esfuerzo posible para promover, sin más dilación, iniciativas claras a favor de la paz en aquella nación, basadas en el diálogo y la negociación. (Francisco, 2013d, N°. 4)

La viabilidad del diálogo en la perspectiva de la reconciliación para el logro de la paz en Colombia requiere una participación mancomunada de todos los integrantes y representantes de la sociedad civil que de forma consciente y proactiva tenga como objetivo primordial la búsqueda del bien común como bienestar de y para todos, y no el privilegio de unos pocos, como ha sucedido hasta ahora en Colombia. La paz no debe estar sujeta solo a las decisiones de los que hacen la guerra, como lo han propuesto los partidos políticos de derecha y la oligarquía de este país. No cabe duda de que, si la sociedad civil asume de forma organizada el poder decisorio que le otorga el régimen político democrático, en el que el poder está en el pueblo y no en los políticos o gobernantes de

turno, las posibilidades de la paz son más viables y esperanzadoras. Para ello, como sociedad civil debemos enfrentar la cultura de la politiquería que se ha incrustado en nuestra cultura a través de la formación política. Entre otras razones que se entienda que el ejercicio del voto es para elegir funcionarios que tengan el perfil de buenos administradores de la cosa pública, que estén dispuestos a servir diligentemente a favor del bien común y no a usurpar los bienes públicos que corresponde a todos.

En este sentido, la sociedad civil le otorgará el poder solo a aquellas opciones políticas que realmente representen la mejor alternativa para buscar las soluciones a las reales necesidades y expectativas del pueblo. En consecuencia, debemos parar con esa clase de política parasitaria que solo vive de promesas y nos lleva a unos niveles de corrupción inaceptables.

Es en este contexto en el que cobra una gran relevancia la ministerialidad a favor de la paz de los obispos en función de la sociedad colombiana, lejos del proselitismo político, porque uno de esos componentes que surten del ministerio episcopal es la de ser guías y maestros. Ello exige que nuestros obispos nos señalen y nos muestren las buenas y necesarias opciones que requiere nuestro país, sean de índole política, económica, cultural, etc. En su ser y quehacer, el obispo ha de abogar por una patria en cuyo territorio tenga cabida la paz en medio de la diversidad cultural que nos caracteriza, para que la civilización del amor sea una de sus máximas expresiones. De igual manera, nuestros obispos pueden ofrecer el papel de veedores y cuidadores de la comunidad y de toda la creación, de las directrices que provengan de la Constitución Política y de los distintos acuerdos de paz realizados que en su finalidad última demandan una distribución equitativa de la tierra, la no privatización del agua, el cuidado del medio ambiente y el buen uso de los recursos naturales. Es decir, que el actuar y

la participación de los obispos en la política no ha de limitarse meramente a dar una opinión sobre procesos electorales y el acompañamiento del sometimiento de los alzados en armas, sino también a incidir decididamente en la configuración de una nación pacífica y próspera para todos (PNUD, 2013).

Una Iglesia profética con la libertad de anunciar el Evangelio de la paz

El papa Francisco perfiló algunas directrices del profetismo que ha de acompañar a los obispos en la necesidad de pasar de una Iglesia milagrera y providencialista a una Iglesia profética (Brighenti, s. f.).

Lo primero: tocar sin miedo la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente, con humildad, sin protagonismos, con el corazón libre de servilismos. Lo segundo, sostener al país en el primer paso hacia la paz, la reconciliación y la abdicación de la violencia, con una mirada propia de obispos que apunte a: la superación de las desigualdades que son la raíz de tantos sufrimientos; la renuncia al camino fácil, pero sin salida de la corrupción; la paciente y perseverante consolidación de la “res publica” que requiere la superación de la miseria y de la desigualdad. Todo esto lo define como “tarea ardua pero irrenunciable” y afirma que la fuerza la obtendrán “desde lo alto de Dios que es la cruz de su Hijo”, alusión evidente a la represión violenta que ha masacrado a tantos buscadores de justicia, incluyendo a muchos sacerdotes, religiosas, laicos y obispos. Citando a García Márquez, recuerda que la guerra produce miedo al por mayor, pero les recuerda que “no han recibido un espíritu de esclavos para caer en el miedo, pues el mismo Espíritu atestigua que son hijos destinados a la libertad” (Rm 8, 15-16). (Giraldo, 2017, p. 11)

Colombia sigue siendo uno de los países con una notable inequidad social, agravada por la violencia, la pobreza, el abandono y el conflicto de intereses entre los grupos violentos que desplazan y asesinan para apoderarse de los

territorios. Todas estas situaciones que afectan al pueblo colombiano no se resuelven simplemente apelando a los milagros, haciendo riegos de agua bendita desde una avioneta, curaciones mediáticas que terminan en un espectáculo o, simplemente, acciones paternalistas que, en muchos casos, son necesarias, como resolver el hambre o el dolor con un mercado o medicamento, pero que no son suficientes. La opción por los pobres no es para convertirlos en objetos de una caridad asistencialista que en últimas termina humillando al pobre (Brighenti, s. f.). Se requiere hurgar las causas que son generadoras de la exclusión y que están asociadas a un modelo económico, social, político, cultural que controla y domina al mundo promovido exclusivamente por los intereses de los países ricos a través de sus grandes organizaciones como el BM o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE).

En el conflicto y la crisis que vive el país, los obispos están llamados a ser los profetas de la esperanza, en una Iglesia a la que el papa Francisco la define como “sacramento de esperanza” y le otorga rostros concretos: “tiene rostro joven, rostro femenino, rostro laico, rostro de pobre, y todo tiene un ingrediente esencial: pasión: ‘pasión de joven enamorado y de anciano sabio, pasión que transforma las ideas en utopías viables, pasión en el trabajo de nuestras manos, pasión que nos convierte en continuos peregrinos’” (Giraldo, 2017, p. 9).

Quisiera que se escuchara el grito de Dios preguntándonos a todos: ¿Dónde está tu hermano? (Gn 4, 9). ¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que estás matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas porque no ha sido formalizado? No nos hagamos los distraídos. Hay mucho de complicidad. ¡La pregunta es para todos! En nuestras ciudades está instalado

este crimen mafioso y aberrante, y muchos tienen las manos preñadas de sangre debido a la complicidad cómoda y muda. (Francisco, 2013e, N°. 211)

El papa Francisco (2013) hace hincapié en que,

así como el mandamiento de “no matar” pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir “no a una economía de la exclusión y la inequidad”. Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. (N°. 53)

En este orden de ideas, cabe recordar que Jesús de Nazaret fue víctima del poder religioso, político, económico y social de su tiempo, así como el actuar de los profetas bíblicos fue siempre cuestionar y desenmascarar a sus dirigentes y gobernantes por la manera injusta y déspota de gobernar. Por eso, fueron perseguidos y asesinados por el poder, porque sus denuncias les resultaban incómodas y preferían quitarlo del camino. La Iglesia no puede estar del lado del poder abusador y explotador que asesina de mil maneras a la población, sino que está llamada a vivir y actuar con plena libertad para anunciar sin ataduras el Evangelio de la paz. A la manera como lo hizo Jesús de Nazaret ante los poderes de su tiempo, por eso les advirtió a sus seguidores: “Miren, yo los envío como ovejas en medio de lobos: sean astutos como serpientes y sencillos como palomas” (Mt 10, 16); “Los hijos de este mundo son más sagaces con los de su clase que los hijos de la luz” (Lc 16, 8); también las palabras del profeta: “¡Que fluya, sí, el derecho como agua y la justicia como arroyo perenne!” (Amos 5, 24).

Desde esta perspectiva eclesial, los pastores están llamados a ser profetas que anuncien sin temor la Buena Nueva del Evangelio, que lo hagan con valentía y arraigo, que sean pastores que cuiden y velen por el bienestar del pueblo, porque ninguno por más indiferente que sea puede permanecer impasible ante las

necesidades y desigualdades que limitan la vida a la gran mayoría de la población en el mundo. El papa Francisco en su visita a Colombia en el encuentro con los obispos les dijo que no tuvieran miedo de perderse si salen de sí mismos:

No enmudezcan la voz de Aquel que los ha llamado ni se ilusionen en que sea la suma de sus pobres virtudes o los halagos de los poderosos de turno quienes aseguran el resultado de la misión [...] No se midan con el metro de aquellos que quisieran que fueran solo una casta de funcionarios plegados a la dictadura del presente [...] Construyan una Iglesia que ofrezca a este país un testimonio elocuente de cuánto se puede progresar cuando se está dispuesto a no quedarse en las manos de unos pocos [...] No tengan miedo de tocar la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente [...] No sirven alianzas con una parte u otra sino la libertad de hablar a los corazones de todos [...] algunos continúan propagando la cómoda neutralidad de aquellos que nada eligen para quedarse con la soledad de sí mismos [...] No pocos proclaman el nuevo dogma del egoísmo y de la muerte de toda solidaridad, palabra que hay que sacarla del diccionario [...] No participen en ninguna negociación que malvenda sus esperanzas. (Francisco, 2017b, N°. 10, 13, 14, 16, 23, 28)

Una Iglesia abanderada de los pobres y de las víctimas de la violencia en perspectiva de la no violencia

Los fundamentos y las orientaciones de la no violencia están sustentados en la misma vida de Jesús que estuvo caracterizada por que se negó en todo momento a asumir posiciones autoritarias y violentas a la manera de los militares y gobernantes cuando sus discípulos y seguidores se lo propusieron. Con esta postura de Jesús de la no violencia, se evidencia un estilo de vida de rechazo a todos los actos de violencia contra las personas; “incluso señalan que en todo discipulado o clase a la membresía de una Iglesia, debería ser requisito

enseñar la no violencia y la paz; en palabras de Becker, [...]: ‘Rechazan participar en la violencia, pero están dispuestos a hacer aun más de lo que el estado les pida para trabajar por la paz (Becker, 2008, p. 109)’” (PNUD, 2014, p. 126).

A propósito de las relaciones entre los seres humanos, la Sagrada Escritura advierte que estas han de estar cimentadas no en la dominación que oprime y esclaviza, sino en la actitud de servicio que invita al reconocimiento del otro. Sin embargo, por lo general la mayoría de las relaciones humanas tienen la tendencia a organizarse en un sentido verticalista y jerárquico donde se da una relación dominante-dominado, señor-esclavo. Las relaciones humanas de este tipo son la antítesis del evangelio mismo. Los jefes, gobernantes y señores del mundo ejercen su autoridad con poder sobre las naciones para esclavizarlas, y advierte, entre ustedes no debe ser así. Si alguien quiere mandar que sirva y el que quiera ser el primero, que sea el último, el servidor (cfr. Lc 22, 25-27). También, dejó claro que los seres humanos no se llaman entre sí esclavos ni señores, sino amigos y hermanos servidores (cfr. Jn 13, 15-19). (Flórez et al., 2017, p. 137)

La violencia nunca ha sido ni será la solución para remediar nuestras necesidades. Afirma el papa Francisco (2017a):

Responder con violencia a la violencia lleva, en el mejor de los casos, a la emigración forzada y a un enorme sufrimiento, ya que las grandes cantidades de recursos que se destinan a fines militares son sustraídas de las necesidades cotidianas de los jóvenes, de las familias en dificultad, de los ancianos, de los enfermos, de la gran mayoría de los habitantes del mundo. En el peor de los casos, lleva a la muerte física y espiritual de muchos, si no es de todos. (Nº. 6)

Tristemente la cultura de la violencia ha permeado a las diferentes organizaciones y a los grupos más poderosos de la sociedad de hoy. ¿Por qué?

Porque sostiene y alimenta una sociedad escandalosamente desigual. Violenta, porque sirve y apoya sin escrúpulos los mecanismos de una sociedad

mercantilizada y sin rostro humano. Violenta, porque genera grupos y colectivos que apuestan por la injusticia de leyes que condenan a miles de personas a la pobreza y a la precariedad. Violenta, porque la uniformidad cultural ha consagrado la superioridad de unas culturas sobre otras. Violenta, por el desprecio y falta de respeto que se ejerce sobre culturas diferentes. Violenta, porque la uniformidad cultural ha triunfado con evidentes signos de opresión sobre la diversidad. Violenta, porque se ha dotado de herramientas poderosas de control sobre las personas y las conciencias. (De Tapia, 2008, párr. 3)

El papa Francisco en su visita a Colombia cuestionó el establecimiento político oligárquico nacional que ha sido incapaz de dar respuesta a las causas estructurales de la pobreza y violencia que vive el país:

No es la ley del más fuerte sino la fuerza de la ley, la que es aprobada por todos, la que rige la convivencia pacífica. Se necesitan leyes justas que puedan garantizar esa armonía [...] [esas] nacen del deseo de resolver las causas estructurales de la pobreza que generan exclusión y violencia [...] Les pido que escuchen a los pobres, a los que sufren. Mírenlos a los ojos y déjense interrogar en todo momento por sus rostros surcados de dolor y sus manos suplicantes. (Francisco, 2017b, N°. 5)

De igual manera, el papa Francisco advierte a los obispos que no incurran en las alianzas políticas deplorables que van en contra del bienestar del mismo pueblo. Un hecho muy diciente fue el plebiscito por la paz en el que de forma inesperada se impuso el no a los acuerdos de paz, fruto de la desinformación y la renuencia azuzada por muchos líderes religiosos. Además, les recuerda que no son técnicos ni políticos sino pastores, y la fuerza de su palabra no está tanto en sermones y documentos, como en el hablar al secreto sagrario de las conciencias, con el recurso frágil y humilde a la misericordia de Dios, pero invencible y único capaz de derrotar la cínica soberbia de los corazones autorreferenciados (Francisco, 2017b). En este sentido, ninguna causa es justa

y razonable para optar por la vía de la violencia, ni la defensa de la fe que motivaron los conflictos político-religiosos en siglos pasados en los que varios obispos optaron por estos medios en connivencia con la oligarquía so pretexto de conseguir la paz para la defensa del statu quo. De ahí que el gran reto de todo cristiano consiste en vivir sin desfallecer a la manera de Jesucristo que pasó toda su vida haciendo el bien (Hch 10, 38). Él predicó incansablemente el amor incondicional de Dios que acoge y perdona, y enseñó a sus discípulos a amar a los enemigos (cf. Mt 5, 44) y a poner la otra mejilla (cf. Mt 5, 39). Cuando impidió que la adúltera fuera lapidada por sus acusadores (cf. Jn 8, 1-11) y cuando la noche antes de morir dijo a Pedro que envainara la espada (cf. Mt 26, 52):

Jesús trazó el camino de la no violencia, que siguió hasta el final, hasta la cruz, mediante la cual construyó la paz y destruyó la enemistad (cf. Ef 2, 14-16). Por esto, quien acoge la Buena Noticia de Jesús reconoce su propia violencia y se deja curar por la misericordia de Dios, convirtiéndose a su vez en instrumento de reconciliación. (Francisco, 2017a, N°. 3)

La no violencia es un estilo de política para la paz. Por tanto, nuestros sentimientos y valores personales más profundos se han de configurar a la opción de la no violencia. En la perspectiva de la no violencia, el papa Francisco (2017a) afirma:

Que la caridad y la no violencia guíen el modo de tratarnos en las relaciones interpersonales, sociales e internacionales. Cuando las víctimas de la violencia vencen la tentación de la venganza, se convierten en los protagonistas más creíbles en los procesos no violentos de construcción de la paz. Que la no violencia se transforme, desde el nivel local y cotidiano hasta el orden mundial, en el estilo característico de nuestras decisiones, de nuestras relaciones, de nuestras acciones y de la política en todas sus formas. (N°. 1)

Parafraseando al papa Francisco, la autenticidad de los discípulos de Jesús se clarifica cuando son capaces de integrar en la vida y asumir sin titubeos la opción de la no violencia. El discípulo aparta libre y decididamente de su corazón, de sus palabras y de su vida todo rasgo que conlleve la violencia. De esta manera, se convierte en un referente que puede aportar a la construcción de comunidades no violentas, en las que lo importante y propio sea cuidar a los demás y de todo cuanto habita la casa común. En este sentido, la no violencia para el cristiano es su modo propio o natural de ser, es

la actitud de quien *está tan convencido del amor de Dios y de su poder*, que no tiene miedo de afrontar el mal únicamente con las armas del amor y de la verdad. El amor a los enemigos constituye el núcleo de la “revolución cristiana”. Precisamente, el evangelio del *amad a vuestros enemigos* (cf. Lc 6, 27) es considerado como “la charta magna de la no violencia cristiana”, que no se debe entender como un “rendirse ante el mal [...], sino en responder al mal con el bien (cf. Rm 12, 17-21), rompiendo de este modo la cadena de la injusticia”. (Francisco, 2017a, N°. 3)

Por otra parte, cabe precisar que la no violencia no debe confundirse con desinterés, pasividad y rendición. No perdamos de vista los testimonios y logros de grandes personajes como Mahatma Gandhi y Khan Abdul Ghaffar Khan en la liberación de la India, y de Martin Luther King Jr. contra la discriminación racial en los Estados Unidos. El ejemplo valeroso de tantas mujeres como Leymah Gbowee y las miles de mujeres liberianas que se organizaron a favor de la no violenta e incidieron en la terminación de la segunda guerra civil en Liberia. En 1979, cuando la Madre Teresa recibió el Premio Nobel de la Paz, declaró claramente su mensaje de la no violencia activa:

En nuestras familias no tenemos necesidad de bombas y armas, de destruir para traer la paz, sino de vivir unidos, amándonos unos a otros [...]. Y entonces

seremos capaces de superar todo el mal que hay en el mundo. Porque la fuerza de las armas es engañosa. Mientras los traficantes de armas hacen su trabajo, hay pobres constructores de paz que dan la vida solo por ayudar a una persona, a otra, a otra.

La Iglesia católica, al asumir el compromiso de la paz, se convierte en la gran defensora de las víctimas que han padecido los rigores de la injusticia y de la violencia producida no solo por las fuerzas al margen de la ley, sino del mismo Estado. Aquí cabe una precisión sobre los reduccionismos en la interpretación de las víctimas que las han ocultado y silenciado hasta en un 85 %. Según Giraldo (2017), las víctimas no son solo las víctimas de las guerrillas o una que otra de algunos de los grupos paramilitares, sino que también están las “víctimas de agentes directos del Estado, de la fuerza pública, mutilados del ESMAD [Escuadrón Móvil Antidisturbios], torturados en cuarteles militares, desaparecidos luego de su detención, falsos positivos, familias de líderes o militantes de movimientos sociales masacrados, sindicalistas y activistas sociales amenazados, presos políticos o prisioneros de guerra” (Giraldo, 2017, p. 1).

La atención de las víctimas es un compromiso que nos reta como Iglesia, y que también es un gran desafío a todas las tradiciones religiosas. Para ello, la palabra y el accionar de los obispos es importante para que en Colombia se detenga la fábrica de víctimas generadas por el proceder de los grupos armados y el mismo Estado a través de sus Fuerzas Armadas. Dar respuesta a esta gran tarea exige aunar fuerzas con los líderes de otras religiones e Iglesias. La violencia es una profanación del nombre de Dios, afirma el papa Francisco, por lo que deduce: “Ninguna religión es terrorista [...] No nos cansemos nunca de repetirlo: ‘Nunca se puede usar el nombre de Dios para justificar la violencia. Solo la paz es santa. Solo la paz es santa, no la guerra’. La compasión y la no

violencia son esenciales e indican el camino de la vida” (Francisco, 2017a, N° 4). Por tanto, como Iglesia debemos hacer todo “cuanto sea necesario para evitar que sigan ocurriendo asesinatos, atentados y acciones violentas contra nuestros hermanos y hermanas”, advirtiendo que estos hechos terminan por amenazar la democracia y las instituciones del país (CEC, 2020, párr. 4). Además, como Iglesia debemos abogar por gestionar una política pública nacional para enfrentar la matanza de líderes sociales.

Por último, la opción a la no violencia se convierte en un programa y un desafío para todos, en especial para los responsables de las instituciones nacionales e internacionales, los dueños y dirigentes de las empresas, los medios de comunicación, pero específicamente para los líderes políticos y religiosos que han de guiarse en el desempeño de sus funciones y responsabilidades por aplicar las bienaventuranzas.

Es el desafío de construir la sociedad, la comunidad o la empresa, de la que son responsables, con el estilo de los trabajadores por la paz; de dar muestras de misericordia, rechazando descartar a las personas, dañar el ambiente y querer vencer a cualquier precio. Esto exige estar dispuestos a “aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso”. Trabajar de este modo significa elegir la solidaridad como estilo para realizar la historia y construir la amistad social. La no violencia activa es una manera de mostrar verdaderamente cómo, de verdad, la unidad es más importante y fecunda que el conflicto. Todo en el mundo está íntimamente interconectado. Puede suceder que las diferencias generen choques: afrontémoslos de forma constructiva y no violenta, de manera que “las tensiones y los opuestos [puedan] alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida”, conservando “las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna”. (Francisco, 2017a, N° 6).

Finalmente, en la perspectiva de la no violencia, el testimonio y la vida de uno de los grandes obispos brasileños, Don Hélder Câmara, que trabajó donosamente por la dignidad de los más pobres que padecen grandes necesidades, como la falta de vivienda y trabajo. El hambre que ellos padecen constituye una condena a la civilización de los que no tienen hambre. “El verdadero cristianismo rechaza la idea de que algunos nacen pobres y otros son ricos, y que los pobres deben atribuir su pobreza a la voluntad de Dios”. Lo que hace auténtico el mensaje cristiano es que la fe está ligada a la esperanza y la caridad a la justicia, por eso, “cuando le doy comida a los pobres, me llaman santo. Cuando les pregunto por qué son pobres, me llaman comunista” (Hélder Câmara, 1969).

Una Iglesia que construye paz siendo signo de comunión en medio de la pluralidad y la diversidad

En una sociedad cada vez más plural y diversa, todos estamos llamados a definir claramente nuestra propia identidad, pero en el reconocimiento de las identidades y las diferencias de los otros, haciendo a un lado el miedo, los fundamentalismos y la violencia. “El ‘diferente’ cuestiona al ‘normal’, sus seguridades; pero la ‘diferencia’, la diversidad, es una riqueza para cualquier sociedad” (Bonet, 2018, párr. 1). Ser diferente en una sociedad democrática, plural y diversa como la nuestra es de gran valor, porque pone en evidencia el reconocimiento de muchos modos de vivir y creer que se convierten en un gran potencial para la misma humanidad. Por tanto, “el deseo de vivir con otros es la riqueza de la diversidad humana, la mixofilia, como la llama Zygmunt Bauman, es una señal de madurez social y democrática. No debemos empeñarnos en ser uni-versos (orientados hacia un solo punto), sino pluri-versos (orientados hacia

la diversidad)” (párr. 13). Como bien sabemos, toda identidad cultural está constituida por unas creencias y unas simbologías que en ningún momento le concede el derecho de despreciar o pisotear la diversidad de otro. Para ello, toda cultura ha de quitarse el complejo de superioridad, deben ser flexibilizadas y relativizadas. “Es patológico vivir sin identidad, reducirla a una sola referencia, pertenencia o experiencia (porque nuestra identidad tiene muchas dimensiones) o vivirla exaltadamente sin respetar otras identidades. Necesitamos raíces, fundamentos, pero no fundamentalismos” (Bonet, 2018, párr. 3).

La Iglesia católica, inspirada en los principios de la justicia, la caridad, la misericordia y la comunión que son elementos constitutivos del Evangelio, ha de reconocer, comunicar, valorar y celebrar la pluralidad y diversidad del pueblo colombiano donde habita un sinnúmero de etnias y culturas con una innumerable estela de valores y sentidos a través de la palabra encarnada y el pan compartido.

La mejor manera de construir la paz es recrear la Eucaristía, entendida como memoria celebrativa de Jesús y comida real, en el doble sentido interior (la comunidad hacia adentro) y expansivo (la comunidad abierta a los hombres y mujeres del entorno). Es necesaria la unidad orante, en un plano de misterio; pero si no desemboca en la unidad de mesa real (con palabra y comida, con diálogo y canto) esa unidad pierde, se devalúa. (Pikaza, 2009, p. 58)

Solo habrá paz en aquellos ambientes donde los hombres y las mujeres puedan encontrarse y comer juntos para actualizar la memoria de Cristo que es alimento de Dios para la humanidad a fin de que los creyentes lo compartan con otros. El Evangelio, al ser absorbido, comprendido y utilizado bajo la exclusividad de los jerarcas y los expertos como los únicos encargados de decirles a otros lo que han de pensar y recibir, crea sumisión e infantilismo en

el pueblo de Dios. Por tanto, la Iglesia está llamada a ser signo de comunión en medio de la diversidad y la pluralidad, le compete ofrecer la palabra y el pan de tal forma que los cristianos descubran en la celebración concreta de la vida la búsqueda de la paz como don y tarea cristiana.

En ese contexto, el cristianismo ha podido parecer sometimiento, como si la iglesia fuera cosa de ministros exteriores o jefes. Pues bien, eso está cambiando para bien, en clave de evangelio. La caída de formas y estructuras nos permite abrir el mensaje de Jesús en todas direcciones, de manera que los creyentes de cada cultura y lugar lo puedan expresar como ellos quieran, compartiendo en Jesús Palabra y Pan. (Pikaza, 2009, p. 59)

Al remontarnos al Concilio Vaticano II, una de las ideas fuerza del papa Pablo VI que produjo gran impacto fue la evangelización de la cultura. A lo que afirmaba: “lo que importa es evangelizar la cultura y las culturas del hombre’ [...] entendiendo por la evangelización ‘no de una manera decorativa, como un barniz superficial sino de una manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces” (Niño de Zepeda, 2015, p. 187). Aquí se puede inferir que existe una relación activa y específica entre la fe y la cultura, esta última ha de ser mediada por la evangelización que toca las raíces del humano y de la sociedad. La fe no gira sobre su propio eje, “no está centrada en sí misma, la fe tiende a ‘salir fuera’. Quiere hacerse entender, da lugar al testimonio, genera la misión” (Francisco, 2014b, n.º 5). No cabe duda de que este ha de ser el referente para que los obispos ejerzan la labor de cuidadores y cultivadores de la cultura en la perspectiva de la paz, porque no es posible convivir con aquello que corrompe la vida y atenta contra ella. Al respecto, el papa Francisco (2017d) añade:

A todos aquellos que, con valentía y de forma incansable, han trabajado y hasta han perdido la vida en la defensa y protección de los derechos de la persona

humana y su dignidad. Como ellos, la historia nos pide asumir un compromiso definitivo en defensa de los derechos humanos [...] Si Colombia quiere una paz estable y duradera, tiene que dar urgentemente un paso en esta dirección, que es aquella del bien común, de la equidad, de la justicia, del respeto de la naturaleza y de sus exigencias. Solo si ayudamos a desatar los nudos de la violencia, desenredaremos la compleja madeja de los desencuentros: se nos pide dar el paso del encuentro con los hermanos, atrevernos a una corrección que no quiere expulsar sino integrar; se nos pide ser caritativamente firmes en aquello que no es negociable; en definitiva, la exigencia de construir la paz 'hablando no con la lengua sino con manos y obras' (San Pedro Claver). (Nº. 9 y 11)

La Iglesia católica, en la perspectiva multicultural y pluriétnica que ofrece el país, está llamada a ejercer una evangelización y una pastoral que realmente responda a las necesidades y expectativas de todos los pueblos y comunidades residentes en Colombia, distante de aquellas alianzas generadoras de dominación, genocidio y etnocidio en las que hizo parte y apoyó en épocas pasadas. La actual evangelización ha de estar caracterizada por el diálogo y el respeto, en articulación con las luchas, creencias y prácticas religiosas de todos los que hacen parte de la nación mestiza, indígenas y afrodescendientes, es decir, ha de promover y animar una pastoral ecuménica que favorezca una fe madura para hacer frente al fanatismo de tantas de sectas y organizaciones religiosas divisionistas y destructoras de las culturas y de la cultura de la paz (Bottasso, 1989).

En el ejercicio de la pastoral, el obispo no es un funcionario, técnico o político, sino que

su mirada debe estar fija siempre, no en un concepto abstracto de hombre sino en el hombre concreto de carne, huesos, historia, fe, esperanza, sentimientos, desilusiones, frustraciones, dolores y heridas. La interpelación más esencial de

los obispos al país debe ser “la verdad de Dios”, concentrada en la pregunta: “¿dónde está tu hermano?”. (Francisco, citado por Giraldo, 2017, p. 8)

En esta perspectiva de construir la paz en medio de la pluralidad y la diversidad, el obispo ha de guiarse por la convicción de que la unidad del Espíritu es la fuente que armoniza todas las diversidades para vivir la comunión, es decir,

supera cualquier conflicto en una nueva y prometedora síntesis. La diversidad es bella cuando acepta entrar constantemente en un proceso de reconciliación, hasta sellar una especie de pacto cultural que haga emerger una “diversidad reconciliada”, [...] “La diversidad de nuestras etnias es una riqueza [...] Solo con la unidad, con la conversión de los corazones y con la reconciliación podremos hacer avanzar nuestro país”. (Francisco, 2013e, N°. 230)

En este marco, los obispos han de ser muy cuidadosos en saber articular la búsqueda de la paz con la participación popular y la defensa por los derechos humanos. Nuestro país lleva décadas buscando la paz que parece escabullirse, pero es una tarea en la que no debemos claudicar; Jesús nos enseña en el Evangelio que no es suficiente que dos partes se acerquen a dialogar, sino que es fundamental incorporar a todos los actores: “Si no te escucha tu hermano, busca una o dos personas más” (Mt 18, 15). Según el papa Francisco:

Hemos aprendido que estos caminos de pacificación, de primacía de la razón sobre la venganza, de delicada armonía entre política y derecho, no pueden obviar los procesos de la gente. No se alcanza con el diseño de marcos normativos y arreglos institucionales entre grupos políticos o económicos de buena voluntad. Jesús encuentra la solución al daño realizado en el encuentro personal entre las partes. Además, siempre es rico incorporar en nuestro proceso de paz la experiencia de sectores que, en muchas ocasiones han sido invisibilizados, para que sean precisamente las comunidades quienes colorean los procesos de memoria colectiva. El autor principal es el sujeto histórico de este proceso, es la

gente y su cultura, no es una clase, una fracción, un grupo, una élite, es toda la gente y su cultura. (citado por Giraldo, 2017, p. 5)

La Iglesia como constructora de paz en medio de la diversidad y pluralidad ha de ser la expresión de una corriente contracultural de encuentro movido por la búsqueda de justicia y paz. No es factible que hablemos, dialoguemos y le apostemos a la paz sin hacer nada con aquello que niega, contradice, daña y asesina la vida (Giraldo, 2017). Esa corriente contracultural hace posible

otra cultura, la de las personas diferentes, la de la solidaridad, la de la acogida, la del diálogo, la de los pueblos, la comunitaria y el bien común. Otra religión, la que se sitúa en el rostro de las personas y de todas las personas; la que hace de la defensa de sus vidas algo sagrado; la que acompaña, cuida y defiende a los empobrecidos; aquí radicará la construcción de una nueva esperanza. (De Tapia, 2008, párr. 20)

En Colombia, hace presencia una gran variedad de culturas,² por lo que, para hacer frente al desafío de la pluralidad y la diversidad, la Iglesia en el anuncio y testimonio del Evangelio ha de favorecer la apertura y el diálogo de una manera versátil y creativa. El diálogo es una parte esencial de la misión de la Iglesia. Pero, para asumirlo sabiamente, el papa Francisco nos recomienda que debemos saber claramente el punto de partida y referenciar la meta, y esa claridad nos la da nuestra identidad de cristianos que debe estar acompañada de una alta dosis de empatía:

No podemos comprometernos propiamente a un diálogo si no tenemos clara nuestra identidad. Desde la nada, desde una autoconciencia nebulosa no se puede dialogar, no se puede empezar a dialogar. Y, por otra parte, no puede haber diálogo auténtico si no somos capaces de tener la mente y el corazón abiertos a aquellos con quienes hablamos, con empatía y sincera acogida. Se trata de

atender, y en esa atención nos guía el Espíritu Santo. [...] Si queremos hablar con los otros, con libertad, abierta y fructíferamente, hemos de tener bien claro lo que somos, lo que Dios ha hecho por nosotros y lo que espera de nosotros. Y, si nuestra comunicación no quiere ser un monólogo, hemos de tener apertura de mente y de corazón para aceptar a las personas y a las culturas. Sin miedo: el miedo es enemigo de estas aperturas. (Francisco, 2014b, N°. 2)

Una Iglesia misionera y evangelizadora en actitud de salida para servir y solidarizarse con los más necesitados

Una Iglesia misionera y evangelizadora debe estar centrada exclusivamente en el Reino de Dios, para que se mantenga alejada del ensimismamiento y la autopreservación. La centralidad en el Reino de Dios exige asumir una actitud permanente de salida en procura de entablar una verdadera amistad con los preferidos de Jesús que son los pobres y marginados.

Ser Iglesia no significa administrar, sino salir, ser misioneros, llevar a los hombres la luz de la fe y la alegría del Evangelio. No olvidemos que el impulso de nuestro compromiso de cristianos en el mundo no es una idea filantrópica, un vago humanismo, sino un don de Dios, es decir, un regalo de la filiación divina que hemos recibido en el Bautismo. Y este don es al mismo tiempo una tarea. Los hijos de Dios no se esconden, sino que más bien llevan la alegría de su filiación divina al mundo. Y esto también significa comprometerse a vivir una vida santa. (Francisco, 2014a, N°. 3)

El dinamismo misionero de la Iglesia es para llegar a todos sin excepciones de ninguna índole. Sin embargo, cabe preguntarse a quiénes debería privilegiar el accionar misionero de la Iglesia. El Evangelio nos muestra una orientación clara y contundente: “no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los

pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que ‘no tienen con qué recompensarte’” (Lc 14, 14) (Francisco, 2013e, N^o. 47).

Según el papa Francisco, la Iglesia en salida es un descentrarse de sí misma, lo que significa mantener siempre las puertas abiertas, es decir,

salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad. (Francisco, 2013e, N^o. 46)

La metáfora de las puertas abiertas involucra no solo las puertas de los templos, sino que también alude a la presencia de restricciones, como las tarifarias en los sacramentos que no están concebidos para los perfectos, sino como un remedio y alimentos para los débiles. Para ello, advierte el papa Francisco (2013e), los obispos no han de comportarse “como controladores de la gracia”, sino “como facilitadores”, porque “la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas” (N^o. 47).

Una Iglesia “capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual”. En efecto, lo misionero y evangelizador centrado exclusivamente en el Reino de Dios demanda urgentemente reformas de estructuras que hagan posible la conversión pastoral. En este sentido, “toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial” (Francisco, 2013e, N^o. 27).

Por otra parte, la tarea misionera y evangelizadora de la Iglesia ha de estar volcada en hacer creíble y visible el Reino de Dios (cf. Lc 4, 43).

Se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino: “Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura” (Mt 6, 33). El proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre; Él pide a sus discípulos: “¡Proclamad que está llegando el Reino de los cielos!” (Mt 10, 7). (Francisco, 2013e, N.º. 180)

En consecuencia, en el anuncio del Evangelio, como nos lo advierte el papa Francisco, no es suficiente una relación personal con Dios, ni “la respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados, lo cual podría constituir una ‘caridad a la carta’, una serie de acciones tendentes solo a tranquilizar la propia conciencia” (Francisco, 2013e, N.º. 180).

El anuncio del Reino de Dios que es la piedra angular de la evangelización, como afirmaba el papa Pablo VI, tiene que ver con el verdadero desarrollo. En otras palabras, “una paz que no surja como fruto del desarrollo integral de todos, tampoco tendrá futuro y siempre será semilla de nuevos conflictos y de variadas formas de violencia” (Francisco, 2013e, N.º. 219). En este sentido, hay una relación directa y complementaria entre la vida personal y social real del ser humano, su historia y el Evangelio:

Se trata del criterio de universalidad, propio de la dinámica del Evangelio, ya que el Padre desea que todos los hombres se salven y su plan de salvación consiste en “recapitular todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un

solo jefe, que es Cristo” (Ef 1, 10). El mandato es: “Id por todo el mundo, anunciad la Buena Noticia a toda la creación” (Mc 16, 15), porque “toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios” (Rm 8, 19). [...] abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño. La verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, siempre genera historia. (Francisco, 2013e, N°. 181)

Los obispos, como lo afirma el papa Francisco, están llamados a actuar en consonancia con la tarea evangelizadora que implica y exige la promoción integral de todos los seres humanos. Para ello, han de discernir los signos de los tiempos para buscar alternativas de cambio y transformación de todas aquellas situaciones que afectan la vida de las personas, en especial de los más pobres y necesitados, a través no solo de la emisión de juicios o opiniones, sino de acoger y guiarse por los aportes de las diferentes ciencias:

Ya no se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está solo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas “para que las disfrutemos” (1 Tm 6, 17), para que todos puedan disfrutarlas. De ahí que la conversión cristiana exija revisar “especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común”.

Por consiguiente, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. ¿Quién pretendería encerrar en un templo y acallar el mensaje de san Francisco de Asís y de la beata Teresa de Calcuta? Ellos no podrían aceptarlo. Una auténtica fe —que nunca

es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Si bien “el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política”, la Iglesia “no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia”. Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo. Al mismo tiempo, une “el propio compromiso al que ya llevan a cabo en el campo social las demás Iglesias y Comunidades eclesiales, tanto en el ámbito de la reflexión doctrinal como en el ámbito práctico”. (Francisco, 2013e, N°. 182, 183)

Una auténtica fe se caracteriza por no ser acomodada, ni individualista y ni muchos menos superficial.

Siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. (Francisco, 2013e, N°. 183)

Este reto exige que en cada una de las arquidiócesis y diócesis los obispos como los principales guías han de promover una pastoral de la acogida con espacios y tiempos de atención y, sobre todo, con una esmerada formación humana e integral de todos los agentes de pastoral para que pueden llegar

a todas las personas, sobre todo, a quienes se encuentran en situaciones vulnerables y especiales (Brighenti, s. f.).

Si bien “el orden justo de la sociedad y del Estado” es “la tarea principal de la política”, la Iglesia “no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia”. En efecto, los obispos y todos los cristianos están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor (cf. Francisco, 2013e, N° 183), no debemos dejarlo tal como lo encontramos.

La Iglesia proclama “el Evangelio de la paz” (Ef 6, 15) y está abierta a la colaboración con todas las autoridades nacionales e internacionales para cuidar este bien universal tan grande. Al anunciar a Jesucristo, que es la paz en persona (cf. Ef, 2, 14), la nueva evangelización anima a todo bautizado a ser instrumento de pacificación y testimonio creíble de una vida reconciliada. Es hora de saber cómo diseñar, en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones. (Francisco, 2013e, N° 239)

Ante el hecho de tantas espiritualidades alienantes que proliferan por doquier en nuestro contexto colombiano que llevan a la manipulación y alienación del pueblo, los obispos han de promover un cristianismo encarnado:

Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios. (Francisco, 2013e, N° 89)

Finalmente, la misión y la evangelización constituyen la tarea fundamental de la Iglesia, pero para ello no ha de apartarse de la sencillez. Lamentablemente, el prestigio y el poder para muchos obispos se han convertido en su deseo más profundo, con ello han llevado a que en muchas partes los feligreses se alejen de la propuesta evangélica del Reino de Dios, inaugurado y mostrado por Jesús de Nazaret.

Esta oscura mundanidad se manifiesta en muchas actitudes aparentemente opuestas pero con la misma pretensión de “dominar el espacio de la Iglesia”. En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. (Francisco, 2013e, N°. 95)

No cabe duda de que la paz exige urgentemente el paso de una Iglesia gobernada por obispos, que en muchos de los casos actúan como príncipes, a una Iglesia de pastores con el olor de las ovejas. Con ello, no se quiere desconocer el testimonio de muchos obispos que han sido fieles al anuncio del Evangelio y se han convertido en auténticos referentes de entrega y servicio en sus comunidades, y que a efectos de extensión solo mencionamos algunos casos sin desconocer que la lista es más amplia: Gerardo Valencia Cano, Raúl Zambrano Camader, Jorge Leonardo Gómez Serna, Nel Beltrán Santamaría, Jaime Prieto Amaya, entre otros, cercanos al estilo del episcopado del Pacto de las Catacumbas como uno de los grandes frutos del Concilio Vaticano II. Siguiendo a Brighenti (s. f.), el papa Francisco hace tres recomendaciones a los obispos: acoger, caminar y permanecer con el pueblo.

En primer lugar:

Sed pastores con el olor de las ovejas, presentes en medio de vuestro pueblo como Jesús Buen Pastor. Vuestra presencia no es secundaria, es indispensable. ¡La presencia! La pide el pueblo mismo, que quiere ver al propio obispo caminar con él, estar cerca de él. Lo necesita para vivir y para respirar. No os cerréis. Bajad en medio de vuestros fieles, también en las periferias de vuestras diócesis y en todas esas “periferias existenciales” donde hay sufrimiento, soledad, degradación humana. Presencia pastoral significa caminar con el pueblo de Dios: caminar delante, indicando el camino, indicando la vía; caminar en medio, para reforzarlo en la unidad; caminar detrás, para que ninguno se quede rezagado, pero, sobre todo, para seguir el olfato que tiene el Pueblo de Dios para hallar nuevos caminos. Un obispo que vive en medio de sus fieles tiene los oídos abiertos para escuchar “lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (Ap 2, 7) y la “voz de las ovejas”, también a través de los organismos diocesanos que tienen la tarea de aconsejar al obispo, promoviendo un diálogo leal y constructivo. No se puede pensar en un obispo que no tenga estos organismos diocesanos: consejo presbiteral, los consultores, consejo pastoral, consejo de asuntos económicos. Esto significa estar precisamente con el pueblo. Esta presencia pastoral os permitirá conocer a fondo también la cultura, los hábitos, las costumbres del territorio, la riqueza de santidad que allí está presente. ¡Sumergirse en el propio rebaño! (Francisco, 2013c)

En segundo lugar, los obispos deben ser pastores que caminen con y en medio de su pueblo, mostrándose cercanos a la gente, es decir,

ponerse en camino con los propios fieles y con todos aquellos que se dirigirán a vosotros, compartiendo sus alegrías y esperanzas, dificultades y sufrimientos, como hermanos y amigos, pero más aún como padres, que son capaces de escuchar, comprender, ayudar, orientar. El caminar juntos requiere amor, y el nuestro es un servicio de amor, *amoris officium* decía san Agustín (In Io. Ev. tract. 123, 5: pl 35, 1967). (Francisco, 2013c)

Los obispos han de ser hombres austeros, amar la pobreza, es decir, llevar y vivir una vida de sencillez, con simplicidad y sin ambiciones por el afán de poder y lo material. Es decir, no han de regirse por la “psicología de príncipes”, como lo dice el papa Francisco (2013c):

¡Estad bien atentos en no caer en el espíritu del carrerismo! ¡Eso es un cáncer! No es solo con la palabra, sino también y sobre todo con el testimonio concreto de vida como somos maestros y educadores de nuestro pueblo. El anuncio de la fe pide conformar la vida con lo que se enseña. Misión y vida son inseparables (cf. Juan Pablo II, *Pastores gregis*, 31). Es una pregunta para hacernos cada día: ¿lo que vivo se corresponde con lo que enseño?

En tercer lugar, el obispo debe permanecer con el pueblo. La permanencia tiene relación con la estabilidad, la cual

tiene dos aspectos precisos: “permanecer” en la diócesis y permanecer en “esta” diócesis, [...] sin buscar cambios o promociones. [...] No se puede conocer verdaderamente como pastores, al propio rebaño, caminar delante, en medio o detrás de él, cuidarlo con la enseñanza, la administración de los sacramentos y el testimonio de vida, si no permanecemos en la diócesis. [...] Os pido, por favor, que permanezcáis en medio de vuestro pueblo. [...] Evitad el escándalo de ser “obispos de aeropuerto”. Sed pastores acogedores, en camino con vuestro pueblo, con afecto, con misericordia, con dulzura del trato y firmeza paterna, con humildad y discreción, capaces de mirar también vuestras limitaciones y de tener una dosis de buen humor. (Francisco, 2013c)

Finalmente, los obispos en cada una de las jurisdicciones eclesíásticas han de asumir el enfoque de paz territorial que consiste en gestionar e incorporar esfuerzos de las regiones alrededor de la paz, y motivar y dinamizar a la población en pro de la agenda de las negociaciones de paz entre el Gobierno y las FARC (2012-2016), con los seis puntos acordados: problema agrario,

participación política, drogas ilícitas, víctimas/justicia transicional y verificación/implementación. De ahí la necesidad de comprender el significado y la importancia de los territorios para el desarrollo y el logro de la paz, puesto que estos constituyen el escenario fundamental para resolver los problemas prácticos y más recurrentes en procesos de posconflicto, como el diseño y la ejecución de las intervenciones de política pública para la implementación de lo acordado (Uribe, 2017). Es el caso de las iniciativas de paz de los consejos comunitarios y de los procesos de comunidades negras en el departamento del Chocó, así como de otras iniciativas en el país, como en el nororiente con la defensa de las zonas de reserva campesina y la construcción de territorialidades interculturales en el Magdalena Medio, que resultan claves para abordar la perspectiva territorial de los acuerdos de paz (párr. 7).

Jesús enseña que la relación con Dios no puede ser un apego frío a normas y leyes ni tampoco un cumplimiento de ciertos actos externos que no llevan a un cambio real de vida. Tampoco nuestro discipulado puede ser motivado simplemente por una costumbre, porque contamos con un certificado de bautismo, sino que debe partir de una viva experiencia de Dios y de su amor. (Giraldo, 2017, p. 3)

En síntesis, ir y vivir en la esencialidad consistente en acercarse, renovarse e involucrarse movido y animado siempre por el Evangelio de la paz, es decir, al discípulo se le exige: “crecer en arrojo, en coraje evangélico y derrumbar fronteras” (Giraldo, 2017, p. 7), lo que haría que la paz en Colombia fuera posible

Conclusiones

En nuestro propósito como investigadores y hombres de Iglesia, nunca cabe injuriar o actuar de jueces, nuestro único interés es aportar para que el presente y devenir de nuestro país sea más digno para todos, y para que la

Iglesia católica aparezca como una institución digna y garante que busca, media, teje y construye la paz. La memoria histórica es la misma memoria subversiva, como lo corroboran el filósofo Walter Benjamin y el teólogo Johann Baptista. Creer en Jesús significa asumir como compromiso irrenunciable la defensa de la vida, la verdad, la justicia, el amor y la reconciliación porque no es suficiente la prohibición de matar (Mt 5, 21-24). Jesús da testimonio con su vida y exige un profundo respeto para con todos, mujeres, hombres, niños, jóvenes y ancianos. Hoy, en pleno siglo XXI, a ningún ser humano le está permitido que viva la discriminación o marginación por razones sociales, políticas, sexuales, religiosas, étnicas y culturales.

La caracterización realizada de los principales escenarios de la historia nacional, como la insurrección comunera (1781), la guerra de los Mil Días (1889-1903), la violencia bipartidista (1948-1958), la guerra de guerrillas (1964-) y el accionar paramilitar, muestra que en Colombia ha habido una débil y paquidérmica democracia. Los distintos gobernantes a lo largo de la historia y sus diversas instituciones, como los tribunales, las Cortes, el Senado y el Parlamento, no han podido resolver el conflicto interno que ha vivido el país durante largas décadas. Las diversas instituciones, en general, siguen siendo débiles, insuficientes e ineficaces, y están siendo permeadas por el cáncer de la corrupción y la politiquería. Muchas de las instituciones estatales son reductos de los políticos para pagar o devolver favores. En contraste, todas las instituciones y organizaciones de la Iglesia católica han de estar completamente separadas de los poderes políticos y económicos para que la novedad del Evangelio no se diluya ni se pierda, de lo contrario, su actuar seguirá condicionado y comprometido con los intereses de estos emporios económicos y políticos que ha dominado al país. Es la hora para que la institución eclesiástica colombiana

no siga siendo lo que históricamente ha sido como una de las más retardatarias y conservadoras del continente (Plata y Vega, 2015, p. 132).

El factor político en alianza con el religioso en varios periodos de la historia nacional como propagador de la violencia es otro de los elementos clave de este análisis. La concentración y el monopolio del poder han sido utilizados por la oligarquía colombiana para satisfacer solo sus intereses de rentabilidad con la concentración de la tierra y el auge de sus empresas, mientras que el elemento religioso, expresado concretamente en el catolicismo, ha actuado como un elemento defensor y conservador del statu quo, y en muchos episodios intransigente y favorecedor de intolerancia, violencia y guerra (Plata y Vega, 2015).

La Iglesia católica a través de sus jerarcas ha actuado con una doble faceta. Por una parte, apartó a la creación y civilización de la nación colombiana, y por otra, ejerció destrucción y polarización al intervenir en las contiendas bipartidistas, aliándose directamente con el Partido Conservador, cuya preocupación principal fue el cultivo de la tradición, la rigurosidad y la exactitud en las fórmulas ortodoxas oficiales y la fijación canónico-jurídica de la liturgia. Una Iglesia distante de la realidad y de las necesidades de la población, limitada a ofrecer los servicios culturales y rituales de sacramentos según la estructura de jurisdicción del Estado (Boff y Boff, 1982), cuando su rol principal es defender la vida humana y el respeto de los derechos humanos, como expresión del Reino de Dios.

A la Iglesia católica, en relación con su misión fundamental que es la de ser mediadora del Reino de Dios, le urge validar, gestionar y acompañar el compromiso con la paz como una prioridad en las distintas agendas de las

diversas organizaciones sociales, políticas, culturales y religiosas, ya que la paz es uno de los elementos esenciales del anuncio evangelizador.

En este sentido, cobra importancia el conocimiento del pasado de nuestra historia que tiene el propósito de sacar lecciones que ayuden a construir imaginarios altamente significativos en los que podamos vislumbrar un mejor horizonte para las actuales y futuras generaciones.

Le compete a la Iglesia, a través de sus obispos como pastores y guías, ofrecer los buenos oficios de mediación para promover todos aquellos principios que conlleven la salvaguarda de la dignidad humana y la creación, mediante la búsqueda permanente del bien común, la defensa de los derechos humanos, la justicia y la paz. En este sentido, mientras permanezcan situaciones que contradigan y se opongan a estos principios a la Iglesia católica le urge por mandato evangélico asumir la tarea de proponer y gestionar sus buenos oficios como mediadora. De ahí la necesidad de acompañar y liderar para que lo pactado y firmado entre las FARC y el Estado no sean desconocidos, ya que constituyen en cierta medida sendas para llevar la paz a un buen puerto, porque si se prescinde o se hacen trizas los caminos trazados, como está ocurriendo, mientras no haya una real apuesta como pueblo e Iglesia por una decidida búsqueda de la paz sabiendo que la chispa está dentro de nosotros, seguiremos anclados en la oscuridad de la caverna de la violencia. Pero ¿por qué no lo hemos hecho? ¿Será que nuestra fe en el Dios de la vida es muy tenue?

Quisiera hacerme intérprete del grito que, con creciente angustia, se levanta en todas las partes de la tierra, en todos los pueblos, en cada corazón, en la única gran familia que es la humanidad: ¡el grito de la paz! Es el grito que dice con fuerza: Queremos un mundo de paz, queremos ser hombres y mujeres de paz, queremos que en nuestra sociedad, desgarrada por divisiones y conflictos, estalle la paz;

¡nunca más la guerra! ¡Nunca más la guerra! La paz es un don demasiado precioso, que tiene que ser promovido y tutelado. (Francisco, 2013d, N^o. 1)

Cabe precisar que la viabilidad y concreción de la paz no solo depende de la buena voluntad que de seguro acompaña y anima a la mayoría de los que habitan este país convencidos de que se está obrando conforme a la voluntad de Dios, pero movidos por una ideología y una religiosidad ingenua que los hace unos contradictores e inconsecuentes con el Evangelio de la paz. Una muestra de ello es la permisividad con la que actuamos ante las consecuencias del modelo socioeconómico que nos rige, a pesar de ser generador de muerte, hambre, precariedad en los sistemas de salud, educación, violencia política y social, contaminación ambiental, degradación de la naturaleza, desaparición de miles de especies de flora y fauna, lo defendemos. Esto no es una invitación a seguir en la espiral de la violencia, todo lo contrario, es dejarnos guiar por el Evangelio de la paz enseñado por Jesús que busca que todos tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10, 10). Y es aquí donde el papel del obispo se convierte en una gran oportunidad para hacer realizable el proyecto de Dios: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron (Ap 21, 1).

Esta es una conclusión desde/sobre la teología de la liberación. También lo es sobre las relaciones de poder. Las lecciones de las teologías y filosofías de la liberación son cruciales para la democracia y para la paz. Pero estas lecciones no siempre agradaron a la jerarquía de las instituciones. No es por acaso que muchos de sus representantes fueron perseguidos, tuvieron que exiliarse o fueron asesinados. ¿Qué lecciones son esas? Son lecciones sobre las causas estructurales de los conflictos a lo largo del continente, y de su relación con el sistema de creencias codificado en las instituciones eclesíásticas y en las

religiones. Gustavo Gutiérrez nos enseñó, básicamente, que no había división entre una historia sagrada y una secular, sino que ambas eran parte de una misma historia humana; Rubem Alves nos transmitió que el sistema de creencias en la versión protestante del cristianismo es un sistema de múltiples represiones que causa múltiples atrofas en el ser social e individual; Ivone Gebara nos instruyó sobre que el patriarcado es un sistema que se funda en el odio y el terror masculino hacia la vagina; Elsa Támez nos explicó cómo la fe fue distorsionada para proteger a los abusadores y la importancia de comprender la fe desde los excluidos y las personas victimizadas en el sistema; Marcela Althaus-Reid nos mostró cómo los sistemas simbólicos del patriarcado se traducen en los sistemas sexuales de privilegios y abusos de una sociedad que higienizó la violencia a través de la categoría teológica “decencia”, mostrándonos que la liberación requería una *teología indecente*, etc. Podríamos seguir resaltando uno por uno aspectos nodales de una red que continúa configurándose hasta hoy, regional y globalmente, como una vanguardia intelectual y espiritual de renovación social planetaria, orgánicamente unida a las bases y clases populares y grupos marginalizados. Es el pensamiento científico construido por personas que, como Camilo Torres, se nutrieron del saber “secular” y reconfiguraron el actuar (praxis) del Evangelio y sus tradiciones teológicas; muchos, sobrevivientes del mismo sistema que los asesinó; un sistema que no es solo nacional, sino que se inter-conecta de modo regional y global, razón por la cual Gayatri Spivak, junto con otros teóricos, nos hablan de la necesidad de una alfabetización transnacional, que nos permita entender que los actores políticos que permiten el *fracking* hoy en Colombia, por ejemplo, y que venden sistemáticamente el país desde hace doscientos años a las multinacionales y transnacionales, son piezas de este sistema mayor, que ha ejecutado, desde

tan lejos como los Estados Unidos, Arabia o Canadá, acciones que resultan en masacres en nuestro territorio. La masacre de las bananeras permanece impune. Un clero y una sociedad que hubiera sido alfabetizada transnacionalmente no habrían caído en esa estigmatización de los partidos de izquierda y en ese uso falaz y manipulador del odio al comunismo.

Preocupa, por tanto, hoy ver que la educación teológica en general permanezca, en buena medida, bajo sistemas que refrenan el cambio, aferrados a unas teologías casi preconciarias que generan, posteriormente, un clero indeciso frente a la paz, pues le confrontan al mismo tiempo su realidad, por un lado, y su fe, por otro, aprendida en una Iglesia “muy conservadora” (Arias, 2009, p. 63). ¿Cómo lidiar con este escándalo para el mundo de la fe que es esta falta de unanimidad histórica alrededor de temas cruciales de la paz en Colombia?

Hay que ver cuáles son, pues, los obstáculos que bloquean estas teologías. En general, hemos visto cómo los deseos de la paz, tanto de los gobernantes como del clero católico y de la sociedad en general, no implican una comprensión de lo que la paz significa, y el miedo del cambio, sumado al poder político y al cáncer de poder que generó el narcotráfico aliado al sistema político, han despedazado violentamente con las armas, incluso la violencia sexual y otras torturas, todos los procesos de paz que se han realizado hasta el momento. Sincerarnos con este miedo que nos generan los cambios es imprescindible, pues sin vencerlo no tendremos acceso a los portales de la verdad: la verdad histórica y la subsecuente verdad teológica.

Así como las verdades históricas desagradan al poder político, las verdades teológicas desagradan al poder eclesiástico, porque las verdades históricas y teológico-religiosas están en caminos transformadores hacia una sociedad

pluralista, igualitaria, conectada con la tierra, y las estructuras jerárquicas patriarcales resisten contra ello. A este respecto, los obispos están llamados a dar respuesta a los siguientes interrogantes: ¿Pueden los obispos promover la transformación estructural necesaria para que las teologías de la liberación latinoamericanas y tric Continentales configuren la base de un clero que, quizá, finalmente, pueda hacer morir a la Iglesia, de modo que esta dé su fruto?

El papel desarrollado por los obispos colombianos en las negociaciones de paz realizadas en el país durante los últimos cuarenta años ha sido muy significativo e importante para el avance de estas. Se ha tratado de un rol ejercido como una verdadera tercería, asumida así por los mismos obispos y reconocida tanto por los actores en conflicto como por la opinión pública mediante las distintas denominaciones que se les ha dado, así: facilitadores, mediadores, testigos, garantes, tutores morales o servidores de buenos oficios.

Es necesario indicar que el papel ejercido por los obispos se ha debido a la solicitud explícita tanto del Gobierno de turno como de los distintos actores armados en negociación. Solicitud que, si bien expresaba el reconocimiento de la autoridad moral de los obispos, pretendía granjearse su respaldo en la negociación. Así es como los distintos gobiernos, sin decirlo explícitamente, han acudido en su ayuda “mediadora y facilitadora”, para legitimar el proceso en curso y ganar respaldo en la postura oficial. Por su parte, los grupos armados “ilegales” (guerrillas, paramilitares, otros) han pedido su participación, debido a la confianza que les generaban para negociar, pues con su ayuda las conversaciones fluirían más ágilmente y con transparencia, a la vez que por su investidura “pastoral” encontraban en ellos personas con mayor capacidad de comprensión, que podrían entender “mejor” sus reclamaciones y solicitudes.

Los obispos, al involucrarse en las distintas negociaciones de paz, lo han hecho en razón de su ejercicio pastoral, es decir, mostrando claramente que se trata de una tarea derivada claramente de su compromiso evangélico, por tanto, que, al hacerse partícipes en la tercería por la paz, están haciendo una expresión privilegiada de su confesión de fe en Cristo Jesús, príncipe de la paz. Es importante recalcar este asunto frente a desvíos fundamentalistas o espiritualistas que creen que el seguimiento de Jesús tiene que ver solo “con las cosas religiosas”. Los obispos colombianos, con su participación en las distintas negociaciones de paz, han confirmado las implicaciones políticas y sociales del seguimiento de Jesús.

Asumir la tercería a favor de la paz no significa en modo alguno una participación neutral, pues no puede haber neutralidad frente a la apuesta por la paz. Esto es importante precisarlo, pues se puede malinterpretar la participación de los obispos, desde el punto de vista de que la tercería signifique tibieza, imparcialidad y neutralidad. Tomar parte en las negociaciones de paz, bajo la forma de tercería, significa “no tomar partido” por ninguno de los actores en contienda. En ese sentido, es válido hablar de “imparcialidad o neutralidad”.² Pero eso no significa que la postura episcopal sea en abstracto, al contrario, el hecho de participar en el trabajo por la paz ya es una opción y una toma de “partido” por la paz en contra tanto de la guerra y la violencia como de todas las condiciones, situaciones o acciones abiertamente opuestas a la paz, comprendida esta en el sentido bíblico de “bienestar integral” (*shalom*). Optar

³ Monseñor Leonardo Gómez Serna: “Considero que uno de los puntos clave ha sido, por lo menos en mi caso, haber buscado un diálogo no solo con la insurgencia, sino que también busqué un diálogo con los paramilitares, con el ejército, con todos, y en esa perspectiva, me acuerdo de una carta que envió Ernesto Báez, donde valoraba la presencia de la Iglesia en los distintos encuentros, sea con guerrilla, con paramilitares, etc. Él reconocía que de parte nuestra no estábamos inclinados hacia ningún grupo, sino lo que estábamos buscando era el bien del pueblo. Así se logró bastante gracias al Señor” (“¿Qué hacen los obispos en el proceso de paz?”, 2012).

por la paz es ponerse del lado de las víctimas, de los que han sufrido directa y dramáticamente las consecuencias del conflicto social, económico, político y armado que se vive en Colombia.

Esta opción por la paz, y la consecuente lucha contra todo lo que se le opone, como ya se dijo, traduce al hoy de nuestra historia el mandato misional de Jesús: “cuando entren en una casa, digan primero: paz a esta casa” (Lc 10, 5). Además, el trabajo por la paz es respuesta a la exigencia de Jesús de definición y opción ante él por parte de sus discípulos: “el que no está conmigo, está contra mí. El que no recoge conmigo, desparrama” (Lc 11, 23). Estas palabras de Jesús se enmarcan en la respuesta que les dio a aquellos que lo acusaban de expulsar demonios con el poder de Belzebú, príncipe de los demonios. Jesús es enemigo irreconciliable del mal, léase aquí guerra, violencia, exclusión, etc., por tanto, sus discípulos, al optar por él y hacerse seguidores suyos, se hacen luchadores incansables contra el mal, y por tanto, en positivo, se hacen aliados inquebrantables de la construcción de paz. Y, además, viene a completar esta iluminación bíblica, las palabras dirigidas en el Apocalipsis a la Iglesia de Laodicea: “Conozco tus obras y no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero eres solo tibio, ni caliente ni frío. Por eso voy a vomitarte de mi boca” (Ap 3, 15-16). Se le reprocha a aquella Iglesia la indefinición y tibieza, de lo que se deduce con fuerza, que no puede haber tibieza, neutralidad e imparcialidad en el seguimiento de Jesús, es decir, que quien se hace discípulo de Jesús claramente toma partido por él y por su misión, la cual no es otra que la instauración del Reino de Dios, entendido como la realización plena del sueño de Dios en la historia mediado a través de la concreción de unas condiciones de bienestar integral para todos los seres humanos.

A este propósito viene bien hacer citar uno de los textos de apoyo al arzobispo de Cali, a propósito de su denuncia sobre la “venganza genocida” realizada por el Gobierno de Iván Duque contra los acuerdos de paz de La Habana. Dice el texto de la teóloga Consuelo Vélez (2020):

Algo es claro: es imposible ser neutral. Sin embargo, a muchos clérigos y cristianos les parece que ser neutral es aliarse con el “poder establecido”. Así lo expresaron en numerosos comentarios en las redes sociales, rechazando los pronunciamientos del arzobispo y apoyando los de las otras instancias eclesiales, abogando que la iglesia tenía que ser neutral y no podría hacer declaraciones como las del arzobispo. Una vez más afirmo: eso no es ser neutral. Es ponerse de un lado concreto porque, en realidad, nunca se es neutral, siempre se está de algún lado y, lo mejor que podemos hacer, es discernir bien, de qué lado queremos estar... Las voces populares que le dieron respaldo al arzobispo para mí son voces muy importantes porque son las que están jugándose la vida en esa realidad. Ellas son el sentir del “pueblo de Dios” a quien hay que escuchar, en primera instancia, no porque sean creyentes —ni sé que tanto lo son— sino porque están empeñados en reconstruir el país desde abajo, desde las víctimas, desde los pobres. Pero sobre todo lo que me anima a tener esta visión sobre la realidad del país es el Jesús en el que creo. En su vida histórica, Jesús no fue neutral (porque no se puede serlo) y explícitamente se puso siempre del lado de los últimos de su tiempo.

Finalmente, plantear la necesidad de que los obispos colombianos den continuidad a toda la institucionalidad para la paz creada en CEC, de provincias eclesiásticas o de diócesis, para que, además de su participación en negociaciones oficiales, se promueva en las comunidades cristianas, en los distintos niveles e instancias, la necesidad de un compromiso serio por la paz, que se pueda articular también con las iniciativas y los procesos en curso,

adelantados por tantas organizaciones sociales, comunitarias y de derechos humanos existentes en el país.

La acción profética del obispo que trabaja por la paz está inspirada en la Palabra divina que le recuerda que su compromiso es anunciar el Reino de la esperanza al pueblo colombiano: “Vete, vidente; huye a la tierra de Judá; come allí tu pan y profetiza allí” (Am 7, 12); su testimonio de pastor está en las calles, veredas, regiones y plazas públicas rescatando a las víctimas, liberando a los oprimidos, saciando a los hambrientos, curando a los enfermos y reparando sus vidas. El trabajo por la justicia y la paz que surgen del Evangelio significa la actualización permanente del compromiso cristiano que exige asumir una postura profética de denuncia de todas las injusticias provenientes del abuso del poder, de la manipulación, de la marginación y de la explotación social que se cometen en contra de la población, exigiendo siempre condiciones de vida dignas y justas para todos. En estas circunstancias, el obispo que ha optado por la acción profética de la paz en Colombia ha de ser un hombre libre, valiente y aguerrido; su ejercicio ministerial traerá amenazas, conflictos, calumnias y persecuciones porque a la oligarquía y la clase dirigente que se cree dueña del país les resulta incómodo y pedirán siempre su destitución, ya que, según ellos, su actuar “es un reproche para nuestras ideas y solo verlo da grima; lleva una vida distinta de los demás, y su conducta es diferente” (Sb 2, 14).

Desde el punto de vista bíblico, la paz es un don y una tarea permanente por condiciones de vida digna y justa. Por ello, compete a todos, sin distinción, a todos los pueblos hacer la paz, vivir en paz. De ahí que no se puede dejar a nadie al margen de este compromiso, movimientos sociales, movimientos de víctimas, grupos religiosos de distintas denominaciones y religiones, culturas, etnias,

grupos de género, porque ningún pueblo, ni ser humano, desea vivir en guerras y en derramamiento de sangre de otros seres o del daño a la madre tierra.

Los procesos de diálogo y negociación entre actores armados en nuestro país han demostrado que son limitados e insuficientes mientras no sean convocados todos los grupos que vienen sufriendo en carne propia la muerte, la exclusión, el desplazamiento y la muerte de sus líderes sociales, religiosos, etc., para que sean protagonistas y constructores de paz, a partir de sus propuestas de paz y de un país mejor, donde realmente se llegue a transformaciones de fondo y se resuelvan de raíz las causas que han generado la muerte y la destrucción.

Referencias

Alonso Rodríguez, F. J. (s. f.). La Madre Teresa de Calcuta y la no violencia.

<https://montse-serrano.webnode.es/products/la-madre-teresa-de-calcuta-y-la-no-violencia/>

Andrade Álvarez, N. M. (2011). Religión, política y educación en Colombia: la presencia religiosa extranjera en la consolidación del régimen conservador durante la Regeneración. *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local*, 3(6), 154-172. <https://doi.org/10.15446/historelo.v3n6.12267>

Arias Trujillo, R. (2009). La Iglesia católica colombiana durante el siglo XX. *Istor: Revista de Historia Internacional*, 10(37), 48-80. http://www.istor.cide.edu/archivos/num_37/dossier4.pdf

Boff, C. y Boff, L. (1982). Libertad y liberación. *Sígueme*. <http://www.servicioskoinonia.org/biblioteca/teologica/BoffLyCLibertadYLiberacion.pdf>

- Bonet, J. (2018). Reflexión: identidad y convivencia con los diferentes en una sociedad plural. *Utopía*, 108. <https://www.revistautopia.org/reflexion-identidad-y-convivencia-con-los-diferentes-en-una-sociedad-plural/>
- Bottasso, J. (1989). La iglesia y los indios: ¿500 años de diálogo o de agresión? Reflexiones. *Abya Yala*. <https://dspace.ups.edu.ec/handle/123456789/11738>
- Brighenti, A. (s. f.). Perfil pastoral de la iglesia que sueña el papa Francisco. <http://reader.digitalbooks.pro/book/preview/35798/html69009>
- Codina, V. (2011). Del Vaticano II... a ¿Jerusalén II? *Revista de las Ciencias del Espíritu*, 53(156), 357-367. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-14682011000200012
- Conferencia Episcopal de Colombia. (2020, enero 16). Se pronuncian obispos por asesinatos de líderes sociales. <https://www.cec.org.co/sistema-informativo/destacados/se-pronuncian-obispos-por-asesinatos-de-lideres-sociales>
- Consejo Episcopal Latinoamericano. (1968). II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Medellín.
- Constitución Política de Colombia. (1991). *Gaceta Constitucional* n.º 114.
- Cristancho, A. (2011). La participación del episcopado colombiano en las negociaciones con la insurgencia: orígenes y debates (1982-1990). *Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, 11(20), 97-114. http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S1657-89532011000100008&script=sci_abstract&tlng=fr

Flórez Suárez, L. E., Ospina Arias, D. F. y Kremer, J. (2017). Humanismo cristiano, luz para los pueblos. Unicatólica.

Francisco. Vaticano II. Ángelus Plaza de San Pedro Domingo, 1 de septiembre de 2013. http://www.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2013/documents/papa-francesco_angelus_20130901.html

Francisco. (2013b). Dios llora por la locura de la guerra, suicidio de la humanidad que mata el amor, el Papa en su homilia. <https://www.catalunyareligio.cat/es/node/160523>

Francisco. Vaticano II. Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en el Congreso para los Obispos de Nuevo Nombramiento Organizado por la Congregación para las Iglesias Orientales. 19 de septiembre de 2013. http://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130919_convegno-nuovi-vescovi.html

Francisco. Vaticano II. Discurso del Santo Padre Francisco a un grupo de estudiantes y profesores del colegio japonés Seibu Gakuen Bunri Junior high school de Saitama. 21 de agosto de 2013. http://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/august/documents/papa-francesco_20130821_collegio-saitama-giappone.html

Francisco. Vaticano II. Exhortación apostólica Evangelii gaudium. 24 de noviembre de 2013. http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html#Una_impostergable_renovación_eclesial

Francisco. Vaticano II. Discurso del Santo Padre Francisco a los obispos de la Conferencia Episcopal Austriaca en visita “Ad limina apostolorum”. 30 de

- enero de 2014. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/january/documents/papa-francesco_20140130_ad-limina-austria.html
- Francisco. Vaticano II. Encuentro con los obispos de Asia. Discurso del Santo Padre Francisco. 17 de agosto de 2014. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/august/documents/papa-francesco_20140817_corea-vescovi-asia.html
- Francisco. (2014c). Mensaje de Su Santidad Francisco. <https://archive.santegidio.org/pageID/5373/langID/es/text/961/Antwerp-2014-Peace-is-the-future.html>
- Francisco. Vaticano II. Carta encíclica Laudato Si' del Santo Padre Francisco sobre el cuidado de la casa común. 24 de mayo de 2015. http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Francisco. (2017a). La no violencia: un estilo de política para la paz. Mensaje para la 50ª Jornada Mundial de la Paz. <http://www.iustitiaetpax.va/content/giustiziaepace/es/magistero-sociale/jornadas-mundiales-de-la-paz---documentos/la-non-violenza--stile-di-una-politica-per-la-pace---messaggio-p.html>
- Francisco. Vaticano II. Encuentro con las autoridades, el cuerpo diplomático y algunos representantes de la sociedad civil. Discurso del Santo Padre. 7 de septiembre de 2017. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/september/documents/papa-francesco_20170907_viaggioapostolico-colombia-autorita.html
- Francisco. Vaticano II. Encuentro con los obispos de Colombia. Discurso del Santo Padre. 7 de septiembre de 2017. <http://w2.vatican.va/content/francesco/>

es/speeches/2017/september/documents/papa-francesco_20170907_via-
ggioapostolico-colombia-vescovi.html

Francisco. Vaticano II. Santa misa. Homilía del Santo Padre. 10 de septiembre de 2017. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2017/documents/papa-francesco_20170910_omelia-viaggioapostolico-colombiacartagena.html

Giraldo, J. (2017, octubre 31). El papa Francisco en Colombia: una palabra que se sacudió de libretos contra-direccionados. http://www.javiergiraldo.org/IMG/pdf/el_papa_Francisco_en_colombia.pdf

González, F. (2005). Iglesia católica y conflicto en Colombia: de la lucha contra la modernidad a los diálogos de paz. *Revista Controversia*, 184, 10-46.

González Perafán, L. (2020, 7 de julio). 94 congresistas estadounidenses le piden al gobierno de Trump que condene los asesinatos de líderes sociales en Colombia. <http://www.indepaz.org.co/94-congresistas-estadounidenses-le-piden-al-gobierno-de-trump-que-condene-los-asesinatos-de-lideres-sociales-en-colombia/>

Juan XXIII. Carta encíclica *Pacem in terris*. 11 de abril de 1963. http://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html

Klaiber, J. (1996). La Iglesia como mediadora en América Latina. *Ius et veritas*, 12, 209-212. <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/iusetveritas/article/view/15551>

Marino, P. (s. f.). La comunicación empática: comprensión y escucha activa. <https://www.artsocial.cat/articulo/la-comunicacion-empatica/>

- Martínez Herrera, Ó. F. (2013). Colombia, el paradigma de la transformación política de 1930 a 1946. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 4(2), 336-347. <https://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/RCCS/article/view/1156>
- Niño de Zepeda Gumucio, R. (2015). Fe y cultura en las reflexiones teológicas de Comblin, Scannone y Trigo: convergencias y diferencias. *Veritas*, 33, 183-201. <https://doi.org/10.4067/s0718-92732015000200010>
- Pablo Obispo. Vaticano II. Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen gentium. 21 de noviembre de 1964. http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html
- Pablo Obispo. Vaticano II. Constitución pastoral Gaudium et spes sobre la iglesia en el mundo actual. 7 de diciembre de 1965. http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
- Pablo VI. Vaticano II. Carta encíclica Ecclesiam suam. 6 de agosto de 1964. http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_06081964_ecclesiam.html
- Pablo VI. Vaticano II. Lettera apostolica motu proprio Catholicam christi ecclesiam. 6 de enero de 1967. https://w2.vatican.va/content/paul-vi/it/motu_proprio/documents/hf_p-vi_motu-proprio_19670106_catholicam-christi-ecclesiam.html
- Pablo VI. Vaticano II. Carta encíclica Populorum progressio. 26 de marzo de 1967. http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum.html

Pablo VI. Vaticano II. (1968). Mensaje de su santidad Pablo VI para la celebración del Día de la Paz. 1 de enero de 1968. http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/messages/peace/documents/hf_p-vi_mes_19671208_i-world-day-for-peace.html

Pablo VI. Vaticano II. Lettera apostolica in forma di motu proprio. Iustitiam et pacem. 10 de diciembre de 1976. http://www.vatican.va/content/paul-vi/it/motu_proprio/documents/hf_p-vi_motu-proprio_19761210_iustitia-et-pacem.html

Pacheco Gutiérrez, L. F. (2016). El papel de la Iglesia católica en los conflictos internos latinoamericanos: diseño de una hipótesis. Anuario Latinoamericano: Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, 3. <https://reshistorica.journals.umcs.pl/al/article/view/4370>

Pikaza Ibarrondo, X. (2003). El cristianismo y la construcción de la paz. Universidad de Deusto.

Plata Quezada, W. E. y Vega Rincón, J. J. (2015). Religión, conflicto armado colombiano y resistencia: un análisis bibliográfico. Anuario de Historia Regional y de las Fronteras, 20(2), 125-155. <https://revistas.uis.edu.co/index.php/anuariohistoria/article/view/5054>

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de Colombia. (2014a). Curso: Conflictos y Construcción de Paz en América Latina. https://www.undp.org/content/dam/rblac/docs/Research_and_Publications/Democratic_Governance/UNDP-RBLAC-Curso-paz-AL.pdf

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en América Latina y el Caribe. (2014b). Conflictos y construcción de paz en América Latina. <https://>

- [www.undp.org/content/dam/rblac/docs/Research and Publications/Democratic Governance/UNDP-RBLAC-Curso-paz-AL.pdf](http://www.undp.org/content/dam/rblac/docs/Research_and_Publications/Democratic_Governance/UNDP-RBLAC-Curso-paz-AL.pdf)
- Ramírez-Bravo, Y. N. (2020). Entre el cristianismo y la política: la incidencia política para la paz en la ideología de la Iglesia Cristiana Menonita en Colombia. *Antropología y Sociología: Virajes*, 22(1), 110-134. <https://doi.org/10.17151/rasv.2020.22.1.6>
- Radio Nacional de Colombia. (2020, enero 14). HRW advierte que violencia asociada con conflicto adoptó nuevas formas en Colombia. <https://www.radionacional.co/noticia/actualidad/human-rights-watch-colombia-conflicto-armado>
- Revollo Bravo, M. (1981). Llamamiento a la paz de la Conferencia Episcopal de Colombia. [https://www.cec.org.co/sites/default/files/WEB_CEC/Documentos/Comision-Permanente/1981/1981-Llamamiento a la Paz.pdf](https://www.cec.org.co/sites/default/files/WEB_CEC/Documentos/Comision-Permanente/1981/1981-Llamamiento_a_la_Paz.pdf)
- Romeu, V. (2018). Buber y la filosofía del diálogo: apuntes para pensar la comunicación dialógica. *Dixit*, 29, 34-47. <http://dx.doi.org/10.22235/d.v0i29.1696>
- Saavedra-Buitrago, I. C. (2013). Influencia de la religión en la política y su posición respecto a la configuración de la oposición política en Colombia. *Derecho y Realidad*, 11(22), 91-112. <https://doi.org/10.19053/16923936.v1.n22.2013.4769>
- Tapia, E. de. (2008). Reflexión: culturas y religiones en una sociedad violenta. *Utopía*, 68. <https://www.revistautopia.org/reflexion-culturas-y-religiones-en-una-sociedad-violenta/>

Uribe, L. F. (2017, 29 de marzo). Paz territorial, ¿dónde y cuándo? El Espectador.

<https://blogs.elespectador.com/politica/con-los-pies-en-la-tierra/paz-territorial-donde-cuando>

Vaticannews.va. (2019, 27 de agosto). Brasil. Don Câmara declarado “Patrón de

los Derechos Humanos de Pernambuco”. <https://www.vaticannews.va/es/iglesia/news/2020-08/helder-camara-patron-derechos-humanos-pernambuco-brasil.html>

Villamizar, J. C. (2020). La reforma agraria: la paz con las FARC, un compromiso

aplazado de nuevo. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 47(1), 231-263. <http://dx.doi.org/10.15446/achsc.v47n1.83151>

Vélez, O. C. (2020, 14 de julio). ¿Es posible ser neutral? Iviva. [https://iviva.org/](https://iviva.org/es-posible-ser-neutral/)

[es-posible-ser-neutral/](https://iviva.org/es-posible-ser-neutral/)

Villar, E. (2018). Reflexión: Evangelio en una sociedad plural. *Utopía*, 108. [https://](https://www.revistautopia.org/reflexion-evangelio-en-una-sociedad-plural/)

www.revistautopia.org/reflexion-evangelio-en-una-sociedad-plural/

ANEXOS

Anexos

Anexo 1:

Matriz con cada volumen

Volumen	Temas	Páginas	Autores	Comentarios

Anexo 2:

Resumen de cada volumen

Volumen 1	<p>Aparecen 7 cartas del presidente de la subcomisión de verificación, padre Nel Beltrán:</p> <p>Tres al presidente Betancur (29 de enero de 1985 y abril de 1986); dos cartas al presidente de la Comisión Nacional de Paz, John Agudelo Ríos (25 de julio y 20 de noviembre de 1985); a Manuel Marulanda Vélez, comandante de las FARC (25 de julio de 1985 y 26 de junio de 1986). Una última carta (20 de julio de 1985) (pp. 290, 296, 297, 299, 303, 413, 417).</p> <p>Un pronunciamiento:</p> <p>De la Comisión de Paz, declaración de monseñor Gómez, integrante de la Comisión de Paz (1984).</p>
Volumen 2	
Volumen 3	<p>Aparecen en el volumen:</p> <p>Cinco cartas: del MAQL a monseñor Rubiano, presidente de la comisión episcopal; de la Consejería Presidencial para la Paz y del mando central del EPL a la CEC; de monseñor Rubiano, presidente de la CEC, al consejero de Horacio Serpa, en se acepta la mediación de la Iglesia; de la CGSB, al presidente de la CEC, desaparición forzada y asesinato político no parecen conmover el Gobierno; de la Arquidiócesis de Medellín a las milicias populares, es posible humanizar nuestros métodos de lucha.</p> <p>Dos comunicados: uno de la delegación de la CEC en que designa a monseñor Vega y al padre Beltrán para realizar buenos oficios entre el Gobierno y la CGSB, y otro en que la CEC a través de monseñor Vega y el padre Beltrán solicitan intermediación entre el Gobierno y la CGSB.</p> <p>Una declaración del mediador de la Iglesia, padre Beltrán, en que solicita reanudar el diálogo.</p> <p>Diálogos en Tlaxcala en que hay una ponencia de un integrante de la comisión gubernamental de negociación, Tomás Concha.</p> <p>Un pronunciamiento.</p> <p>Una proposición:</p> <p>La n.º 20, aprobada, en que se hace la solicitud a la CEC de buenos oficios ante el Gobierno y la CGSB. El consejero presidencial Horacio Serpa solicita a monseñor Rubiano intervención de la Iglesia católica, la posibilidad de reactivar el diálogo.</p>

<p>Volumen 4</p>	<p>Cuatro cartas:</p> <ul style="list-style-type: none"> • De la UC-ELN a la CCN y a monseñor Rubiano, presidente de la CEC (propuestas para una política de paz permanente), mayo de 1996. • Del presidente Samper al presidente de la CEC y de la CCN, monseñor Rubiano (Bogotá): insistimos en un acuerdo sobre derecho internacional humanitario con la guerrilla. • A la CCN con representante del Gobierno costarricense, 24 y 25 de de junio de 1996, colaboración humanitaria. • A la CCN ante la propuesta de política de paz, expresiones, identidad, elementos sustantivos y diferencias en elementos (18 octubre de 1997). <p>Cuatro comunicados:</p> <ul style="list-style-type: none"> • De la CCN: el Gobierno acepta un despeje razonable e incluir a Costa Rica en la Comisión Mixta (17 de septiembre de 1996). • De la Presidencia de la República, n.º 343: el Gobierno autoriza intervenciones del CICR, la Iglesia católica y la senadora Córdoba en liberaciones unilaterales de las FARC, Bogotá (19 de septiembre de 2009). • Del alto comisionado para la paz, Frank Pearl. Información de la Iglesia católica sobre personal brasileño para la Misión Humanitaria no es cierta, Bogotá (23 de febrero de 2011). • Alberto Giraldo Jaramillo, arzobispo de Popayán, presidente de la CCN. • Un mensaje de la CCN a las FARC en que acepta participar en labor humanitaria de liberación de soldados (septiembre de 1986). • El acuerdo de Remolinos del Caguán en que participa como delegado monseñor Castro, el padre De Roux y delegados de la Cruz Roja (junio de 1997).
<p>Volumen 5</p>	<p>Acta de reunión entre la comisión humanitaria del Gobierno y la vocería del ELN para gestionar la liberación de retenidos del avión Fokker y la liberación de la Iglesia La María en que participa la Iglesia en su “más alto nivel”, con monseñor López (penitenciaria de Itagüí, junio de 1999), Gobierno de Pastrana.</p>
<p>Volumen 6</p>	<p>En este volumen hay:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Dos cartas abiertas, dirigidas a altos funcionarios, en que se incluyen a delgado de la Iglesia, monseñor Rubiano, presidente de la CEC. • Una declaración de las AUC, dirigida a altos funcionarios, en que también se incluye a monseñor Rubiano. • La presentación del volumen, a cargo del obispo de Córdoba, monseñor Vidal, en que se menciona que la desmovilización es un paso importante hacia la paz.

Volumen 7

Gobierno
de Álvaro
Uribe
Vélez

Aparecen tres cartas:

- Una de la CEC al ELN, llamamos a persistir en la paz negociada (6 de febrero de 2004).
- Una de Castro, arzobispo de Tunja y presidente de la CEC, a Pablo Beltrán, jefe de la delegación del ELN (22 de agosto de 2007).
- Una de Beltrán a Castro, presidente de la CEC (29 de agosto de 2007) (pp. 147-8, 305 y 307).

Dos comunicados:

- De la comisión facilitadora de la Iglesia católica, centro penitenciario de Itagüí (octubre de 2003).
- Del comando central del ELN a la CEC: se requiere una agenda convenida para el acuerdo base (30 de marzo de 2007)

Dos informes:

- De la Comisión de Observación de la Crisis Humanitaria en la Sierra Nevada de Santa Marta. Conclusiones y recomendaciones, SNPS y Defensoría del Pueblo, ONU (diciembre de 2003).
- De reuniones de delegación del ELN con facilitadores, entre quienes está la CCN y la CEC de seguimiento (La Habana, febrero de 2006).

Un mensaje:

- Comando central del ELN, a la CEC. Reconocemos su labor para construir salidas humanitarias (febrero de 2004).

Participación en:

- Simposio Internacional sobre Justicia Restaurativa y Paz en Colombia, presencia de monseñor Desmond Tutu, Cali (febrero de 2005).

Aparecen:

Dos cartas:

- Del alto comisionado para la paz, dirigida al nuncio apostólico, monseñor Stella, con una propuesta de procedimiento para el acuerdo humanitario (octubre de 2004).
- Carta del presidente de la subcomisión de verificación, padre Beltrán, al comandante de las FARC (junio de 1986), en que expresa preocupación por quejas sobre ajusticiamientos, intimidación, proselitismo armado y extorsión.

Dos comunicados:

- Uno de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz en que se solicita los buenos oficios a la Iglesia católica para un acuerdo humanitario o canje de prisioneros (enero de 2003).
- Otro del presidente de la CEC, monseñor Castro, en que se piden acuerdos humanitarios que acaben con el secuestro e inicien el proceso de paz (29 de noviembre de 2007).

Dos propuestas:

- De la CNC y de la comisión facilitadora de la Iglesia, para un acuerdo humanitario (preacuerdo especial Gobierno y FARC (enero de 2004).
- Y otra en la que se solicita la mediación de la Iglesia ante una eventual zona de encuentro y despeje militar en una región del Valle, Pradera y Florida (luego el presidente Uribe dirá que esa propuesta vino de la Iglesia, enero de 2008).

Una declaración:

- Del presidente Uribe, en que se apoya la gestión de la Iglesia y países europeos para la liberación de Ingrid Betancourt.

Volumen 9	<p>“Diálogos pastorales” y “diálogos comunitarios para la paz”, en Santander y otras regiones, monseñor Gómez, Diócesis de Magangué (2005).</p> <p>“Diálogos pastorales y diálogos comunitarios para la paz, Comisión Vida, Justicia y Paz, monseñor Gómez, Diócesis de Magangué.</p> <p>Una “oración de año nuevo” de monseñor Serna, obispo de Florencia, en la que se pide que el diálogo y la negociación se extiendan a la coordinadora guerrillera (enero de 1989).</p> <p>Un comunicado:</p> <ul style="list-style-type: none">• De la Diócesis de Barranca, monseñor Prieto, en que pide consenso nacional por la paz para Colombia, encuentro Gobierno, ELN y sociedad civil (julio de 2000). <p>Un mensaje:</p> <ul style="list-style-type: none">• De la 67 asamblea plenaria de la CEC, que renazca la esperanza (julio de 1999). <p>Acciones de la Iglesia:</p> <ul style="list-style-type: none">• CEC, tutor moral, acompañante en la mesa de negociación, Gobierno, EPL.• CEC conforma la CNC (objetivos e integrantes, 2005).• SNPS, entre otros, piden “parar el desplazamiento y parar la guerra, monseñor Prieto” (julio de 2000).• CCN, padre Echeverry, a monseñor Castro, se abre una nueva esperanza para la paz (agosto de 2010).• Iglesias cristianas hacen una propuesta que contienen líneas de un proyecto de verdad, justicia y reparación hacia la reconciliación nacional (18 de abril de 2005).
-----------	----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Anexo 3.
Elementos por volumen

Volumen 1	Volumen 2	Volumen 3	Volumen 4	Volumen 5	Volumen 6	Volumen 7	Volumen 8	Volumen 9
<p>Siete cartas del presidente de la subcomisión de verificación, padre Beltrán:</p> <p>Dos al presidente Betancur, dos a Manuel Marulanda Vélez, comandante de las FARC, dos al presidente de la Comisión Nacional, Jhon Agudelo Ríos (entre enero de 1985 y junio de 1986)</p> <p>Una de modo general</p>	<p>Cinco cartas del MAQL a monseñor Rubiano, presidente de la comisión episcopal; de la Consejería Presidencial para la Paz y del mando central del EPL a la CEC; de monseñor Rubiano, presidente de la CEC, al consejero de Serpa, en la que acepta la mediación de la Iglesia; de la CGSB al presidente de la CEC, desaparición forzada y asesinato político no parecen commover al Gobierno; de la Arquidiócesis de Medellín a las milicias populares, es posible humanizar nuestros métodos de lucha.</p>	<p>Cuatro cartas: De la UC-ELN a la CCN y a Pedro Rubiano, presidente de la CCEC, (propuestas para una política de paz permanente, mayo de 1996). Del presidente Samper al presidente de la CEC y de la CCN, Pedro Rubiano Sáenz (Bogotá): insistimos en un acuerdo sobre derecho internacional humanitario con la guerrilla. A la CCN con representante del Gobierno costarricense, junio 24 y 25 de 1996, colaboración humanitaria. A la CCN ante la propuesta de política de paz, expresiones identidad elementos sustantivos y diferencias en elementos (18 de octubre de 1997).</p>	<p>Una carta del alto comisionado para la paz, dirigida al monseñor Stella, con una propuesta de procedimiento para el acuerdo humanitario. (octubre de 2004).</p>	<p>Tres cartas: Una de la CEC al ELN, llamamos a persistir en la paz negociada (2004). Una de Luis Augusto Castro Quiroga, arzobispo de Tunja y presidente de la CEC, a Pablo Beltrán, jefe de la delegación del ELN (2007). Una de Pablo Beltrán a Luis Augusto Castro, presidente de la CEP (2007).</p>	<p>Una carta del alto comisionado para la paz, dirigida al monseñor Stella, con una propuesta de procedimiento para el acuerdo humanitario. (octubre de 2004).</p>	<p>Dos cartas abiertas dirigidas a altos funcionarios en las que se incluye a delegado de la Iglesia, monseñor Rubiano, presidente de la CEC.</p>		

Cartas

Continuación Anexo 3. Elementos por volumen

	Volumen 1	Volumen 2	Volumen 3	Volumen 4	Volumen 5	Volumen 6	Volumen 7	Volumen 8	Volumen 9
Pronunciamiento	De la Comisión de Paz, declaración de monseñor Gómez, integrante de la Comisión de Paz (1984)								
Comunicados			Dos comunicados (uno de la delegación de la CEC, en el que se designa a monseñor Vega y al padre Beltrán, para realizar buenos oficios entre el Gobierno y la CGSB, y otra en la que la CEC a través de monseñor Vega y el padre Nel solicitan intermedación entre el Gobierno y la CGSB	Tres comunicados: De la CCN: el Gobierno acepta un despeje razonable e incluye a Costa Rica en la Comisión Mixta, 17 de septiembre de 1996. De la Presidencia de la República n.º 343; el Gobierno autoriza intervenciones del CICR, la Iglesia católica y la senadora Córdoba en liberaciones unilaterales de las FARC, Bogotá, (19 de septiembre de 2009). Del alto comisionado para la Paz, Frank Pearl. Información de la Iglesia católica sobre personal brasileño para la Misión Humanitaria no es cierta, Bogotá (23 de febrero de 2011).		Un comunicado: De la Diócesis de Barranca, monseñor Jaime Prieto, pidiendo consenso nacional por la paz para Colombia, encuentro Gobierno, ELN y sociedad civil (julio, 2000)	Dos comunicados de la comisión facilitadora de la Iglesia católica. Centro penitenciario de Itagüí (octubre de 2003). Otra del comando central del ELN a la CEC; se requiere una agenda convenida para el acuerdo base (30 de marzo de 2007).	Dos comunicados: Uno de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz en el que se solicita buenos oficios a la Iglesia católica para un acuerdo humanitario o canje de prisioneros (enero de 2003). Otro del presidente de la CEC, Luis Augusto Castro, en el que se piden acuerdos humanitarios que acaben con el secuestro e inicien el proceso de paz (29 de noviembre de 2007).	

Continuación Anexo 3. Elementos por volumen

	Volumen 1	Volumen 2	Volumen 3	Volumen 4	Volumen 5	Volumen 6	Volumen 7	Volumen 8	Volumen 9
Declaraciones			Una declaración del mediador de la Iglesia, padre Beltrán, en la que solicita reanudar el diálogo.					Una declaración del presidente Uribe en la que se apoya la gestión de la Iglesia y países europeos para la liberación de Ingrid Betancourt.	Una declaración de las AUC dirigida a altos funcionarios en la que también se incluye a monseñor Rubiano.
Mensajes				Un mensaje de la CCN a las FARC en el que acepta participar en labor humanitaria de liberación de soldados, sept de 1986.		Un mensaje De la 67 asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal, que renazca la esperanza, (julio de 1999)	Un mensaje del comando central del ELN a la CEC. Reconocemos su labor para construir salidas humanitarias (febrero de 2004).		
Proposiciones			Una proposición, la n.º 20, aprobada, en la que se hace la solicitud a la CEC de buenos oficios ante el Gobierno y la CGSB.						

Continuación Anexo 3. Elementos por volumen

	Volumen 1	Volumen 2	Volumen 3	Volumen 4	Volumen 5	Volumen 6	Volumen 7	Volumen 8	Volumen 9
Informes							Dos informes de la Comisión de Observación de la Crisis Humanitaria en la Sierra Nevada de Santa Marta. Conclusiones y recomendaciones. SNPS y Defensoría del Pueblo, ONU (diciembre de 2003). De reuniones de delegación del ELN con facilitadores, entre ellos la CCN y la Comisión Episcopal de Seguimiento (La Habana, febrero de 2006).		
Propuestas						Iglesias cristianas, hacen una propuesta en la que contienen Líneas de un proyecto de verdad, justicia y reparación hacia la reconciliación nacional. Abril 28 /2005		Dos propuestas: De la CNC y de la comisión facilitadora de la Iglesia para un acuerdo humanitario (preacuerdo especial gobierno y FARC, enero de 2004). Y otra en la que se solicita la mediación de la Iglesia ante una eventual zona de encuentro y despeje militar en una región del Valle, Pradera y Florida (luego el presidente Uribe dirá que esa propuesta vino de la Iglesia, enero de 2008).	

Continuación Anexo 3. Elementos por volumen

	Volumen 1	Volumen 2	Volumen 3	Volumen 4	Volumen 5	Volumen 6	Volumen 7	Volumen 8	Volumen 9
Participaciones o invitaciones		El consejero presidencial Horacio Serpa solicita a monseñor Rubiano intervención de la Iglesia católica la posibilidad de reactivar el diálogo.	El acuerdo de Remolinos del Caguán. En el que participa como delegado, monseñor Luis Augusto Castro, Carlos Vicente de Roux, delegados de la cruz Roja (junio de 1997)	Acta de reunión entre la comisión humanitaria del Gobierno y la vocería del ELN para gestionar liberación de retenidos de avión Fokker y liberación de la Iglesia La María en la que participa la Iglesia en su "más alto nivel", con monseñor López (pe-nitenciaría de Itagüí, junio de 1999). Gobierno de Andrés Pastrana	CEC, tutor moral, acompañante en la mesa de negociación, Gobierno, EPL.	Participación en Simposio Internacional sobre Justicia Restaurativa y Paz en Colombia, presencia de monseñor Desmond Tutu (Cali, febrero de 2005).			
Acciones pastorales específicas						“Diálogos pastorales” y “diálogos comunitarios para la paz” en Santander y otras regiones, monseñor Gómez, Diócesis de Magangué (2005). “Diálogos pastorales y diálogos comunitarios para la paz, Comisión Vida, Justicia y Paz, monseñor Gómez, Diócesis de Magangué. Una “oración de año nuevo” de monseñor Sema, obispo de Florencia, en la que se pide que el diálogo y la negociación se extiendan a la coordinadora guerrillera (enero de 1989). CEC conforma la CNC (2005).			

Continuación Anexo 3. Elementos por volumen

	Volumen 1	Volumen 2	Volumen 3	Volumen 4	Volumen 5	Volumen 6	Volumen 7	Volumen 8	Volumen 9
Otros llamados y mensajes					SNPS, entre otros, piden "parar el desplazamiento y parar la guerra, monseñor Prieto (julio de 2000). CCN, padre Echeverry, a monseñor Castro, se abre una nueva esperanza para la paz (agosto de 2010).				La presentación del volumen a cargo del obispo de Córdoba, monseñor Vidal en la que se menciona que la desmovilización es un paso importante hacia la paz.

Autores

Luis Ernesto Flórez Suárez

Es Licenciado y magíster en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana. Docente de Unicatólica y de la Universidad Javeriana de Cali. Integrante del grupo de investigación Yeshúa. Investigador principal del proyecto Iglesia y Paz. Correo electrónico: lflorez@unicatolica.edu.co

Carlos José Beltrán Acero

Es teólogo por la Fundación Universitaria Bautista, magíster y doctor en Ciencias de la Religión por la Universidade Metodista de São Paulo. Docente de Unicatólica y de la Universidad del Valle. Integrante del grupo de investigación Yeshúa. Investigador secundario del proyecto Iglesia y Paz. Correo electrónico: cjbeltran@unicatolica.edu.co

Diego Fernando Ospina Arias

Es licenciado en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, magíster en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, magíster en Alta Dirección de Servicios Educativos por la Universidad de San Buenaventura y doctor en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Correo electrónico: diosar71@hotmail.com

Luis Hernán Peña Infante

Es licenciado en Ciencias Religiosas por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y magíster en Ciencias de la Religión por la Universidade Metodista de São Paulo. Líder de semilleros de investigación de la Facultad de Teología, Filosofía y Humanidades de Unicatólica. Correo electrónico: lhpena@unicatolica.edu.co

